

La vida del Reino Y los conflictos Internos



Oswaldo Rebolleda

La vida del Reino Y los conflictos Internos



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:

www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una forma de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Ministerio “Aliento de Vida” - España**

Revisión literaria: **Pilar Belmonte Mula**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno	
Complejidad y desarrollo.....	11
Capítulo dos	
Los conflictos internos y la gracia de morir.....	27
Capítulo tres	
Alumbrados por Su luz, procesados por Su justicia.....	44
Capítulo cuatro	
Los portales del corazón.....	59
Capítulo cinco	
Los velos del alma.....	76
Capítulo seis	
El enemigo de carne y hueso.....	94

Capítulo siete

Los engaños de la mente.....108

Capítulo ocho

La vida de Reino.....125

Reconocimientos.....142

Sobre el autor.....144



INTRODUCCIÓN

*“Más buscad primeramente el reino de Dios y su justicia,
y todas estas cosas os serán añadidas”.*

Mateo 6:33

Con tristeza he visto, que muchos hermanos, no comprenden a cabalidad el Pacto que vivimos. Muchos pelean desde las buenas intenciones, tratando de ser mejores personas para Dios. Sin embargo, van contra los principios fundamentales del Reino.

La idea de este libro nació en la intención de presentar un panorama de nosotros mismos y una salida práctica, según el diseño de Dios. Estoy persuadido, que si lo leen atentamente se sorprenderán de lo inadecuados que somos al pretender santidad con nuestras fuerzas, pero a la misma vez, encontrarán las herramientas y el camino para lograr la plenitud que Dios propone en Cristo.

Buscar el Reino, desde nuestra compleja humanidad, es una presunción basada en el orgullo. La religión alimenta esa intención, mientras que el Reino nos espera por otro camino. La frustración de las buenas intenciones, lastima el impulso de la fe. Es tiempo de comprender de manera simple,

como avanzar hacia lo que Dios propone a través de la revelación de las Escrituras.

Este libro es como un viaje por el interior de nosotros mismos, es un crudo recorrido por la galería de nuestro ser. Por tal motivo, voy a separar el corazón, el alma, la carne, la mente y el espíritu, solo con el fin de unir nuestro ser, comprendiendo la fuente y el desarrollo de los conflictos internos.

Separar las piezas es un principio que utilizan aun los mecánicos de autos, porque son capaces de separar las piezas de un motor, analizarlas, diagnosticar los problemas, arreglarlas, y armarlas nuevamente para que funcionen coordinadamente y en unidad. Hacer esto, no nos dejará anclados en la oscuridad de los conflictos internos, sino que nos mostrará con claridad nuestros problemas, y el camino que Dios pretende para nosotros.

Por la gracia del Señor, los seres humanos, tenemos la capacidad de contemplar la belleza de la vida, pero cuando no tenemos esa virtud, somos capaces de crear la más miserable de las existencias. Recibir la luz, y luego retroceder lentamente al pozo de las miserias, es algo que lamentablemente hacen aquellos que no comprenden el evangelio del Nuevo Pacto.

No podemos como Iglesia, avanzar al propósito que Dios ha determinado en esta generación, si no logramos despegarnos de los conflictos internos, para vivir la plenitud del Nuevo Hombre. Hay demasiados ministerios enfocados en los problemas de la gente, pero pocos están enfocados en los problemas asignados por Dios en este tiempo.

No podemos darnos el lujo de vivir la vida cristiana sin una comprensión correcta y bíblica del pecado, la maldad, la gracia y el evangelio del Reino. Si no comprendemos la corrupción que acarrea la vieja naturaleza, y no comprendemos el poder de la cruz para exterminarla, nunca viviremos en las dimensiones de la fe en Cristo.

El Pacto nos contiene en Cristo, porque Él vino en cumplimiento de todas las promesas de Dios (**2 Corintios 1:20**). Nosotros obtenemos Su plenitud en todos los ámbitos, pero debemos comprender la sustancia escondida en Sus riquezas (**Efesios 3:8**). El Nuevo Pacto, hace claras referencias a las consecuencias de la caída, y a los propósitos de nuestra humanidad manifestada en Cristo.

Pablo entiende a Cristo como el segundo o último Adán. Hemos llevado la imagen del hombre de polvo, escribe, y hemos puesto capturas escatológicas de la imagen del hombre de los cielos (**1 Corintios 15:49**). Nuestra humanidad adámica significa que somos portadores de una naturaleza condenada, pero nuestra unión con Cristo significa

que somos rehechos en Aquel que es la imagen verdadera de Dios. Cuando no conocemos los alcances del Nuevo Pacto, vivimos más en el condenado, que en el “Bendito”.

La cruz y la resurrección de Cristo son tan poderosas, tan salvadoras, que conducen efectivamente a un nuevo éxodo. No debemos quedarnos atrapados en esclavitudes internas. La sangre expiatoria de Cristo produjo la salida, la posesión de la libertad y la bendición en el Nuevo Hombre (**Efesios 2:13**). Este libro, nos expondrá duramente, pero a la vez, nos enseñará el camino de la gracia para la libertad.

Nosotros los cristianos, hemos sido regenerados por la gracia divina, se nos da una nueva naturaleza, un nuevo nombre, y somos hechos una nueva creación en Cristo por medio del arrepentimiento y la fe (**2 Corintios 5:17**). No debemos quedarnos atrapados en la esclavitud de los conflictos internos. Es necesario que podamos observar esos conflictos, para tomar consciencia de ellos, y también es necesario que veamos la luz de la Palabra al final del oscuro túnel del alma.

Este libro es como un crudo observatorio de nuestro ser, y un claro conductor hacia la libertad, a través de las verdades del Reino. Ruego a Dios, que cada lector comprenda que las casualidades con Dios no existen, y que si este material llegó a sus manos, es porque algo tiene Dios para mostrarle.

Yo jamás me atrevería a pretender elevar alguno de mis libros a la altura de las Escrituras, eso sería un acto de absoluta irreverencia y de absurda ignorancia, pero sí puedo asegurar, que he tratado con toda dedicación, ser lo suficientemente sensible al Espíritu Santo como para escribirlo. Espero encontrar esa misma sinceridad en quienes hayan sido tocados por el mismo Espíritu para leerlo, porque en tal caso, estoy seguro que obtendrán resultados contundentes en sus vidas. Jesús dijo:

***“Conoceréis la verdad,
Y la verdad os hará libres”***

Juan 8:32

Si el conocimiento de la verdad nos hace libres, lo primero que debemos asumir, es que no conocemos toda la verdad, porque la verdad no son conceptos, sino una persona llamada Jesucristo. En tal caso, y asumiendo que solo conocemos en parte Su grandeza, diría que solo poseemos una libertad parcial, a menos que alguien pueda asegurar que ha logrado el conocimiento absoluto de Jesucristo.

Nuestra libertad no puede ser mayor que la verdad que conozcamos, porque siempre será proporcional a la revelación que hayamos recibido por la gracia soberana. El Reino, es el ámbito espiritual de los libres, porque los cautivos no gobiernan. Es por esto, que me emociona

invitarles a la lectura de este libro, porque creo que contiene algunas plataformas para la revelación.

Es claro que toda revelación es de una asignación divina, por eso solo ofrezco algunas plataformas, pero estoy persuadido que si alguien lee este libro con un corazón dispuesto, será alumbrado para entender el diseño de Dios, para dejar atrás los conflictos internos, y para avanzar hacia una vida bajo el gobierno de Dios.

***“Tuyos son, Señor,
La grandeza y el poder,
La gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay
en el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el Reino,
y tú estás por encima de todo...”***
1 Crónicas 29:11



Capítulo uno

COMPLEJIDAD Y DESARROLLO

“Como los hombres estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, Él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer. Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia.

Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; se ingenian maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados. Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la muerte; sin embargo, no sólo siguen practicándolas sino que incluso aprueban a quienes las practican”.

Romanos 1:28 al 32 NVI

La carta de Pablo a los hermanos de Roma, contiene un claro desarrollo del plan de Dios para la redención, pero también deja muy claro en su comienzo, la depravación total de los seres humanos. Cuando lo leemos nosotros, no

debemos ponernos en la vereda de la gente buena, y juzgar a los pecadores como muchos hacen. No debemos horrorizarnos de tanta maldad, sin comprender que Pablo estaba refiriéndose a todos los seres humanos.

Muchas veces he escuchado este pasaje en boca de los predicadores, pero siempre en una clara actitud de señalamiento a la maldad de los denominados “mundanos”. Creo que esa no fue la intención de Pablo, él estaba refiriéndose a todos los seres humanos, y bien haríamos en incluirnos ahí, porque eso nos permitiría tener en claro, el alcance de la gracia y el campo en la que debe trabajar.

Nosotros debemos saber incluirnos, de la misma forma en la que debemos saber reconocernos en la gracia. Algunos hermanos, no saben si son pecadores o santos. Por momentos dicen: ¡Todos somos pecadores! por momentos dicen: ¡Todos somos santos hijos de Dios! Sabiendo que ambas cosas parten de la naturaleza que produce frutos y no al revés, es vital que podamos definir claramente cómo se manifiesta cada naturaleza, y que podamos comprender claramente la dinámica del Nuevo Pacto.

Para el efectivo desarrollo de esta enseñanza, les propongo tener presente en todo momento, la imagen de la cruz. Es decir, si la observamos naturalmente, notaremos que la cruz tiene dos maderos cruzados. Un madero está colocado de manera horizontal, y el otro está ubicado de manera

vertical. El primero lo tomaremos como una referencia para toda conexión terrenal, y el segundo lo tomaremos como referencia para todo lo que tenga que ver con nuestra conexión celestial.

Es decir, el vertical, significará para nosotros, la comunión con Dios y todo lo referente al cielo y la tierra. Al horizontal, le daremos el sentido de nuestra relación con el prójimo y todo lo referente a la convivencia y las tareas terrenales. Será necesario separar esas dos dimensiones, justamente porque funcionan juntas, y será bueno para nosotros identificarlas.

Un médico clínico, nos puede revisar y diagnosticar, ante cualquier malestar en general, pero si surge en nosotros un problema específico, nos derivará a un especialista. Sin duda el cuerpo sigue funcionando de manera integral, pero el enfoque de un especialista sobre un órgano determinado, nos permitirá encontrar un diagnóstico más preciso. Es por eso que propongo hacer foco en cada una de las partes fundamentales de nuestro ser.

Además, somos miembros del cuerpo de Cristo, y un cuerpo, no puede expresar más plenitud, que aquella que le proporcionen sus partes. Si en general alguien está sano, pero tiene un órgano enfermo, todo su ser será afectado. Un deportista puede tener un perfecto estado atlético, y gozar de buena salud general, pero si tiene una uña encarnada que se

le infectó, hasta sanar completamente, no podrá ser parte de la alta competencia. Desde la revelación, todos somos parte de un todo, y por eso es de vital importancia que lleguemos a estar sanos y libres. La máxima expresión de la vida de Cristo a través de la Iglesia, es una meta a la cual arribaremos todos juntos, no puede hacerlo solo una congregación.

Todos deseamos ir en la búsqueda de la plenitud que Pablo propone (**Efesios 4:13**), y para lograrlo, debemos comprendernos mejor. Es por eso que propongo separar las acciones verticales, de las acciones horizontales. Vamos a separar el espíritu humano, del alma, del cuerpo, del corazón y de la mente. Analizaremos algunos aspectos que hacen posible el buen desarrollo de nuestro ser, para perfeccionar nuestro funcionamiento en la comunión con el Espíritu Santo.

Este pasaje de Romanos que cité en el comienzo del capítulo, es central para una clara comprensión de la condición humana. Es necesario que se nos revele, para el entendimiento del pecado y para una correcta perspectiva del evangelio. No podemos darnos el lujo de vivir la vida cristiana sin una comprensión correcta y bíblica del pecado, de la maldad, del evangelio de la gracia, y de la nueva vida en Cristo.

El apóstol Pablo nos presenta la visión más clara, la explicación más coherente y el argumento más razonable

acerca de la maldad del hombre que podamos recibir escrituralmente. Yo diría que Pablo, de manera magisterial nos abre a través de **Romanos 1**, las cortinas de **Génesis 3**, para mostrar con más claridad y detalle lo que realmente está detrás del pecado. Para decirlo de otra manera, es como si **Romanos 1**, fuera el desarrollo y la explicación de **Génesis 1 al 3**.

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad”

Romanos 1:18

Con esto, el apóstol quiere establecer que la maldad y la injusticia la cometemos todos los hombres, y que por tal motivo, la ira de Dios debe recaer sobre todos sin excepción. Nunca llegaremos a valorar el sacrificio de Jesucristo en la cruz, si no comprendemos la ira de Dios, en el marco de una justicia que claramente nos señala como culpables.

La maldad es la realidad de todos los seres humanos, todos estamos en esa condición de pecado. Todos nacemos en la impiedad y la injusticia que irremediamente provoca la ira de Dios. Cuando nacemos somos adorables criaturas, inocentes y aparentemente incapaces de ofender a Dios, pero en realidad solo es cuestión de tiempo, que se manifieste en nosotros la maldad intrínseca.

Algunas personas, sin conocimiento de las enseñanzas de Dios, creen que los seres humanos, no nacen con una naturaleza pecaminosa, sino que la maldad que llegan a expresar, solo es el resultado de una construcción personal, provocada por la crianza familiar, las experiencias de la vida y la sociedad. Lo que no pueden explicar, son los motivos por los cuales, nadie ha logrado vivir sin pecado alguno, excepto Jesucristo.

La respuesta es que Jesús nació en el vientre de María, pero Su Padre fue Dios. Jesús nació con un corazón puro, y una mente pura. Su genética era Divina y si bien fue hombre, nunca hubo pecado en Él. Cualquier niño que tomáramos de bebé, y criáramos lejos de toda influencia de maldad, terminaría pecando igualmente. En algún punto desobedecería a sus padres, o llegaría a pensar cosas indebidas, porque el pecado, es el fruto de una naturaleza. Es una cuestión de tiempo, que aparezca dicho fruto.

Un pecador no es pecador porque peca. Nadie se vuelve pecador por pecar. Todos nacimos pecadores y todos inevitablemente pecamos (**Romanos 3:12**). Los limoneros no se convierten en limoneros porque aparecen los limones, sino que darán limones, porque son limoneros. Los pecadores no pueden otra cosa que pecar, porque esa es su naturaleza. La buena educación y los cuidados, pueden regular la producción de pecado, pero nunca evitarla totalmente.

Nuestro pecado ha provocado la ira de Dios, la cual se revela desde el cielo contra toda impiedad (**Romanos 1:18**). Un padre airado con sus hijos, puede ser algo violento, pero un Dios airado con Sus criaturas, es digno de verdadero temor. Un padre puede haber prometido castigo a sus hijos en caso de desobediencia, luego puede simplemente perdonarlos y obviar el castigo, dejando pasar por alto la desobediencia. Dios no puede hacer eso porque es un Juez justo. Nosotros humanamente podemos considerar una actitud así, como si fuera un acto de amor, pero Dios solo puede verlo como una injusticia.

Dios es amor (**1 Juan 4:8**), pero su amor no es puramente sentimental. Los sentimientos muchas veces evaden la justicia. Dios es un Juez implacable, y es bueno que así sea, porque eso nos asegura el conocimiento de Su postura ante toda circunstancia. Nosotros decimos amar mucho a nuestros hijos, y ciertamente no los entregaríamos a la muerte. Dios amó a Su Hijo de manera perfecta, pero lo envió a la cruz. Permítanme asegurarles que Dios es más íntegro que nosotros, y aunque nuestros pensamientos parecen sensatos, están cargados de ignorancia.

Cuando Jesús expresó a sus discípulos que había llegado Su hora de ir a Jerusalén, Pedro lo reconvino diciéndole que no hiciera tal cosa (**Mateo 16:21 al 23**). Nosotros siempre utilizamos ese pasaje como algo malo que hizo Pedro, pero en realidad, humanamente hablando, Pedro

hizo exactamente lo que todos hubiéramos hecho. Si nosotros viviéramos tres años junto a Jesús, caminando con Él, comiendo con Él, durmiendo cerca de su cama, escuchando sus enseñanzas, y viendo sus milagros cada día, no solo lo admiraríamos, sino que lo amaríamos con pasión. Si de pronto un día Él nos dijera que tiene pensado ir a Jerusalén, que lo van a detener, a torturar y asesinar ¿Qué le diríamos nosotros?

¿Acaso Pedro, no dijo lo que diríamos cualquiera de nosotros? Claro, las palabras de Jesús nos condicionan, porque ya sabemos lo que dijo al respecto, pero si no supiéramos su reacción, hablaríamos como Pedro. El problema de los seres humanos, es que no pensamos como Dios piensa, y por tal motivo, no comprendemos lo que es la justicia verdadera y el amor de Dios.

Nosotros, todo lo llevamos al escenario de nuestros sentimientos, y es ahí donde nos confundimos. Creemos que Dios nos perdonó porque un día se levantó generoso, pero no es así. La ira de Dios no se detuvo por ninguna confesión de pecado. La paga del pecado es la muerte, y Dios no tomó otro camino que no sea el de la justicia. Es por eso que mató a todos los pecadores, y lo volverá a hacer en el juicio final, impartiendo justicia nuevamente sobre aquellos que no hayan creído (**Apocalipsis 20: 11 al 13**).

Algunos hermanos, creen que Dios es bueno y por eso nos perdonó, pero en realidad, justamente porque Dios es bueno y justo, nos mató. El pecado no produce justificación, la muerte sí. Cuando Jesucristo fue a la cruz, lo hizo en lugar de todos nosotros, y no estaba buscando una eximición de la pena, sino el cumplimiento de una condena.

Es cierto que Dios nos perdona, no pretendo asustar a nadie, solo explico que el perdón, no borra el pasado, pero la muerte sí, cuando alguien cumple con su condena de muerte, ya no tiene que pagar nada más. Nosotros morimos por el pecado, en esa cruz del Calvario. Cuando en los días de Su carne Jesús perdonaba pecados, lo hacía en representación del Padre, porque Él era la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación (**Colosenses 1:15**). Él le dijo a Felipe, si me has visto a mi has visto al Padre (**Juan 14:9**). Aun así, y aunque perdonó pecados en el nombre del Padre, Él todavía no había ido a la cruz, solo en la cruz logro justificarnos.

El pecado desata la ira de Dios, pero eso no evita que todos los pecadores pequemos. El pecado nos condenó, y todos terminamos siendo reos condenados a muerte. Debemos tener en claro, que nadie evitó la condena por amor. Dios ciertamente siempre amó a los seres humanos, pero ante todo Él es un Juez justo, y como tal no podía perdonarnos por amor, Él debía hacernos cumplir con la pena.

Cuando se hizo hombre en Jesús, vivió sin pecado, para que Su pureza, pudiera redimir nuestras impurezas. Cuando murió en la cruz, lo hizo cargando la condena de todos nosotros, porque todos nosotros estábamos condenados a muerte. Él murió por todos, por eso todos morimos en Él (**2 Corintios 5:14**). Dios nos amó, pero tenía que matarnos por nuestros pecados, por eso se hizo hombre en Jesús, y nos mató en Él para redimirnos.

En el Antiguo Testamento, hay una demanda de la Ley que nos explica muy bien esto. Dios le habló a Moisés, diciendo: *“Conságrame todo primogénito. Cualquiera que abre matriz entre los hijos de Israel, así de los hombres como de los animales, mío es...”* (**Éxodo 13:1 y 2**). La consagración de cualquier animal para Dios, era a través de la muerte.

El Señor había dejado en claro, que había animales impuros y animales puros (**Deuteronomio 14:3 al 21**). Por ejemplo, el cordero era un animal puro, por lo tanto, los primeros corderos que abrían matriz, eran ofrecidos en sacrificio a Dios. Sin embargo, el asno era un animal impuro, pero si el campesino deseaba quedarse con el animal para ponerlo a trabajar, debía redimirlo con un cordero (**Éxodo 13:12 y 13**).

En ese caso, moría un cordero puro, para redimir a un asno impuro. El cordero era inocente y era puro, por lo cual,

si no era primogénito, no era necesario que muriera. Sin embargo, moría en lugar del asno, para que este, siendo un impuro pudiera ser purificado y puesto a trabajar.

Nosotros todos, éramos pecadores impuros, y todos merecíamos morir. Ninguno de nosotros, con esa impureza, hubiéramos podido acceder a la pureza de Dios. Jamás hubiéramos podido purificarnos a nosotros mismos para tener comunión con Él. Su ira ya había sido provocada por nuestros pecados, por lo cual, todos teníamos que morir, y ciertamente todos morimos en Jesucristo, el cordero puro que quito de nosotros la impureza.

“Sabiedo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de Él...”

Romanos 6:6 al 9

La maldad es el estado en el que todos los seres humanos nos encontramos, una realidad de la que nadie escapa y algo que es evidente en el mundo. Miremos las noticias, miremos la sociedad en general, en las calles, en el trabajo, en las escuelas, y observemos nuestra conducta,

sentimientos y pensamientos, antes de ser alcanzados por la gracia. Incluso después de ser justificados en Cristo, y santificados por Su Espíritu, encontraremos vestigios de pecados permanentes.

Debemos comprender la obra consumada por Cristo como un suceso ocurrido hace más de dos mil años, y la obra ejecutada por Su Espíritu en nosotros, como un proceso diario de la vida. Por fe estábamos en Cristo en Su muerte, y estábamos en Su resurrección. Morimos con Él, y resucitamos en Él. Es por eso, que tenemos vida nueva (**Romanos 6:4**).

Ya somos perfectos, y ya somos santos en Él, pero todavía habitamos un cuerpo de muerte, por lo tanto, aún nos acecha una naturaleza pecaminosa de la cual, debemos despojarnos cada día. Es por eso que debemos comprender la verdad de la cruz como un suceso ocurrido en el Calvario, pero a la misma vez, debemos comprender la realidad de la cruz en nuestra vida, como un proceso diario, al que también debemos acceder por la fe.

El apóstol Pablo dijo: *“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús”* (**Filipenses 3:12**), y tres versículos después escribió: *“Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo*

sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios” (Filipenses 3:15).

Pablo parece contradecirse en apenas unos versículos, pero en realidad él estaba refiriéndose a dos dimensiones diferentes, la horizontal y la vertical. Es decir, en Cristo ya somos perfectos y lo tenemos todo en Él, pero todavía vivimos en un cuerpo de muerte, con la genética de nuestros padres naturales, con un pasado y vivencias presentes que batallan contra la verdad de lo que somos.

Es por eso que podemos vernos perfectos en Cristo, a la misma vez, que somos conscientes que aún no hemos alcanzado la perfección. Cuando estas dimensiones se nos mezclan, nos sentimos frustrados y fallamos en la fe. De hecho considero fundamental, que quienes tenemos la responsabilidad de enseñar a los hermanos, seamos muy claros diferenciando la vieja naturaleza y el Nuevo Hombre.

Si nos miramos en Cristo, tal como nos mira el Padre, nos veremos absolutamente perfectos. Si nos miramos al espejo, notaremos que conforme a la edad, estamos en un proceso hacia la muerte. Pablo supo marcar claramente estas dos situaciones en **2 Corintios 4:16**, donde escribió que aunque nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se va renovando de día en día.

Las virtudes del Nuevo Hombre, son otorgadas por la gracia, a la vez, que tenemos la responsabilidad de despojarnos del viejo hombre (**Efesios 4:22**). La Iglesia debe expresar al Nuevo Hombre. No es nuestra asignación, pastorear a la vieja naturaleza. No se puede discipular a los pecadores. La Iglesia no crece por educar pecadores, sino por madurar a los renacidos.

La maldad de los hombres es una realidad universal, y la única solución era la muerte. Algunos hermanos agradecen a Dios por haber sido perdonados, pero no comprenden que Jesucristo ocupó el lugar de los pecadores para cumplir en su entrega, la condena de los culpables. Es decir, la ira de Dios verdaderamente cayó sobre nosotros. La gracia es que Jesús ocupó nuestro lugar, pero no debemos desviarnos de esa revelación, porque esa es la esencia del Nuevo Pacto.

En Cristo, nos encontramos perdonados, justificados, santificados, redimidos y a la misma vez, nos frustramos por seguir fallando en las pequeñas cosas de la vida. Quisiéramos no tener pensamientos impuros, quisiéramos no sentir nada incorrecto, no actuar indebidamente, no hablar palabras vanas, no hacer nada fuera de la voluntad de Dios. Sin embargo, encontramos que nos es imposible, porque mientras que en nuestro ser interior, nos deleitamos en la voluntad de Dios, a la misma vez hay una ley que nos lleva inevitablemente cautivos al pecado. Y no hacemos todo lo

que queremos, sino que terminamos haciendo lo que decimos no querer hacer (**Romanos 7:15 al 25**).

Esto nos confunde mucho, porque escuchamos predicaciones que nos certifican la salvación, y por momentos entendemos que nos hacen responsables de la misma. Nos dicen que Dios nos perdonó, pero a la vez nos dicen que somos pecadores. Nos dicen cómo debemos comportarnos, y cuando fallamos nos hacen sentir miserablemente culpables.

La vida de Reino debe eludir los conflictos internos, a través de la vida en el Nuevo Hombre, que es Cristo. Pablo dijo: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”*** (Gálatas 2:20 y 21).

El Nuevo Pacto, se vive en el Nuevo Hombre, en Su nueva naturaleza otorgada. No hay esperanza alguna en nuestra vieja naturaleza. Dios no está tratando de cambiarnos, sino de llevarnos a la plenitud de la nueva vida que hemos recibido por la gracia. Es tiempo de que la Iglesia se levante en la revelación de las virtudes de Cristo.

El mundo no está necesitando a gente buena, procurando vivir correctamente. El mundo necesita la

expresión de Cristo, y la única manera de producir eso, es eludiendo los conflictos internos producidos por la vieja naturaleza, para vivir la plenitud que el Nuevo Pacto nos propone.

Hay demasiados cristianos viviendo el evangelio con sus propias fuerzas, y no creo que sea por culpa de ellos mismos. Creo que somos los líderes, quienes debemos cambiar responsablemente, permitiendo al Espíritu Santo, producir las reformas necesarias para este tiempo. Creo que debemos volvernos a Él, con toda humildad, y dejarnos llevar por Su gobierno.

La Iglesia de hoy, es el resultado de las enseñanzas de ayer. Debemos ajustar con delicadeza nuestro enfoque, y trabajar sobre la expresión del Nuevo Hombre. Debemos direccionar nuestras enseñanzas hacia la vida de Reino, que solo el Nuevo Pacto puede proporcionarnos.

“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús te ha libertado de la ley del pecado y de la muerte.

Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne, Dios lo hizo: enviando a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como ofrenda por el pecado, condenó al pecado en la carne, para que el requisito de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”

Romanos 8:2 al 4

Capítulo dos

LOS CONFLICTOS INTERNOS Y LA GRACIA DE MORIR

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera.

Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Romanos 6:1 al 4

Dios nos demuestra claramente en Su Palabra, que los seres humanos somos incapaces de cambiar por nosotros mismos. No hay esperanza para los seres humanos sin Dios. Solo la gracia puede meternos al Pacto, y esa gracia, a pesar de ser tal, tiene que matarnos, porque esa es la única solución.

Hay hermanos, que piensan que Dios nos convoca a participar de reuniones en la Iglesia, para hablarnos y que si ponemos buena voluntad, si entendemos el mensaje, y lo ponemos por obra, entonces cambiaremos, para que el mundo tenga una esperanza en nosotros. Nada más alejado de la realidad espiritual que Dios propone.

Al Pacto se entra por muerte. No puede haber vida de resurrección si primero no hay muerte. La muerte nos justifica, porque sepulta nuestro pasado, y nos posiciona en una nueva naturaleza, capaz de vivir bajo el gobierno de Dios. El Reino no se vive con gente que aceptó a Cristo en una oración, esas son tonterías evangélicas. El Reino solo se puede vivir, cuando la gracia de Dios nos alcanza impartiéndonos la vida.

La vida nos permite ver (**Juan 1:4**), y cuando vemos entendemos las buenas nuevas de salvación. Entendemos que hace más de dos mil años, Jesucristo asumió nuestra condena, y murió por nosotros en la cruz del Calvario. Nosotros éramos los condenados, pero Él ocupó nuestro lugar. Él llevó sobre sí, todas nuestras iniquidades, y cargó con todos nuestros pecados (**Isaías 53:5 y 6**).

Pero eso no fue todo, gracias a Dios, resucitó al tercer día, y eso nos otorgó la vida de resurrección. Para ver el Reino, necesitamos de esa vida (**Juan 3:3**). Para vivir bajo el gobierno de Dios, necesitamos de esa vida. Esa vida es Cristo

en nosotros y es nuestra única esperanza. Es donde se vive el Pacto, porque el Nuevo Pacto, no es un acuerdo que podamos hacer con Dios. Es una Persona en la cual vivimos, ese es el Nuevo Pacto y la vida misma.

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Juan 3:5 al 8

Por la fe, creemos en la obra redentora de Jesucristo. Creemos que en esa cruz, estuvimos nosotros, que en esa tumba, estuvimos nosotros y que en esa resurrección, resucitamos para vida nueva (**Romanos 6:4**). Luego comenzamos a vivir la experiencia personal, un día comenzamos a congregarnos, nos bautizamos y comenzamos a funcionar como miembros activos del cuerpo de Cristo.

La muerte y la resurrección, fueron un suceso ocurrido hace más de dos mil años, pero la experiencia de la vida en Cristo, es un proceso diario que también debemos gestionar en la fe. Esto suele confundir a muchos, porque no comprenden si ya murieron o tienen que morir. En realidad se necesitan ambas cosas. La muerte en Cristo, ya ocurrió,

una vez y para siempre, Él no morirá cada día para nosotros, ya lo hizo una vez, y su acto fue más que suficiente para el Padre. De la misma manera, podemos decir que en ese acto también morimos nosotros. Sin embargo, ese suceso, no anula nuestros procesos.

Lo que ocurre ahora, es que en el proceso de la vida, nosotros debemos despojarnos de nuestra vieja naturaleza (**Efesios 4:22**), y eso podríamos considerarlo como un proceso de muerte. Cualquiera podría objetar que ya morimos una vez, y es cierto, ante Dios, no necesitamos volver a morir. Esa es la verticalidad que presento. Es decir, ante Dios estamos en Cristo, Él ya no ve a un grupo de pecadores, solo ve a Su Hijo, y nosotros estamos en Él.

Sin embargo, para la gestión de la vida expresada en la tierra, nosotros debemos tomar la cruz cada día, para impedir que nuestra vieja naturaleza se manifieste. Y no me refiero al madero que hace más de dos mil años se levantó en el monte Calvario, sino a la revelación de la cruz que nos mantiene en la gracia de la resurrección.

No podemos ignorar que hemos recibido las arras de nuestra herencia (**Efesios 1:14**), es decir, un adelanto de la plenitud que viviremos en la eternidad. Todavía tenemos un cuerpo de muerte, y todavía somos envueltos por los sentimientos del alma, así como somos asaltados por los oscuros pensamientos que desearíamos no tener. Así que,

creemos el suceso de la crucifixión de Jesucristo, y todo lo que nos otorgó, a la vez que vivimos el proceso para Su manifestación.

La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado (**1 Juan 1:7**), eso nos permite sostener en todo tiempo la comunión con el Padre, porque la sangre es la que se ocupa de tratar con nuestros pecados. En general, la Iglesia sabe que el Señor Jesús derramó su sangre para nuestra salvación o redención. Sin embargo, debemos considerar que la salvación, no es apenas nacer de nuevo, sino también una vida de santificación.

Una vez más, encontramos el suceso que en este Pacto nos otorga santidad, y los procesos de la santificación que generamos en la diaria consagración de nuestras vidas. Ante Dios somos perfectamente santos en el Hijo, en los hechos, estamos en un proceso de perfeccionamiento. En ambos casos debemos utilizar la fe, en el suceso de Cristo, solo recibimos para vivir, en el proceso de nuestras experiencias, debemos vivir para recibir.

Para alcanzar la plenitud del Reino, necesitamos del poder de la sangre y del poder de la cruz. La sangre trata con nuestros pecados, pero la cruz, con nuestra naturaleza de pecado. Este último poder, abarca dos partes, porque un poder, procede del suceso en el cual Jesucristo fue crucificado por nosotros, y el otro menos conocido, es el

poder que procede de estar crucificado por la fe junto con Él cada día. El primer poder produce el perdón y la justificación. El segundo poder produce la santificación y la victoria.

Hay una santidad otorgada al vivir en Cristo. Es la que nos permite estar en plena comunión con el Padre, pero hay una santificación producida por los procesos del Espíritu Santo en nosotros. Juan lo expresó de esta manera: ***“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8)***. Esto no es una contradicción, respecto de la verdad de la operación de la Sangre. Nuestros pecados fueron quitados en el suceso de la cruz, pero nos acechan en el proceso de la vida de fe que surcamos en esta tierra.

Si andamos en la luz y al mismo tiempo somos humildes y amamos realmente la verdad, veremos, con el paso del tiempo, que muchos pecados surcan por nuestra mente y por nuestra alma. Seguramente antes no los veíamos porque estábamos en oscuridad, pero desde que caminamos en Cristo, la luz de Su verdad, va creciendo en nosotros, de manera que cada vez podamos ver más y más las realidades de los conflictos internos.

***“El camino de los justos es como la luz de un nuevo día,
Va en aumento hasta brillar en todo su esplendor”.***

Proverbios 4:18

La sangre de Jesús, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado, de esta manera poco a poco llegamos a ver una luz cada vez mayor, porque la vida está en la Sangre (**Levítico 17:11**) y la vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**), esto produce en nosotros, la aceptación del juicio que la luz nos da y así, podemos hacer morir las obras del cuerpo de pecado por medio del Espíritu Santo que nos proporciona sus virtudes.

Este es el camino de la cruz que debemos seguir en los procesos de cada día, es el camino de negarnos a nosotros mismos, es el camino del sufrimiento de nuestra carne, es el camino de la muerte del “yo”, es el camino de la verdad manifiesta, es el camino de la pureza y la fructificación, es el camino de la sabiduría y de la vida de Reino. Pero hay algo que debe quedarnos muy en claro, ese camino es una persona llamada Jesucristo (**Juan 14:6**), sin su presencia no hay avance posible.

El concepto de “morir al yo”, es un claro fundamento del Nuevo Pacto. Expresa la verdadera esencia de la vida cristiana, en la que tomamos nuestra cruz y seguimos a Cristo. Morir a nosotros mismos es parte de lo que es nacer de nuevo. La vieja naturaleza de pecado debe morir, para que el Nuevo Hombre pueda vivir. No sólo los cristianos nacemos de nuevo cuando llega a nosotros la gracia de la salvación, sino que también seguimos muriendo a nosotros mismos como parte del proceso de santificación.

Jesús habló a sus discípulos repetidamente acerca de tomar su cruz y de seguirlo (**Mateo 10:38**). Él dejó en claro que si alguien iba a seguirlo, debía negarse a sí mismo, lo que significaba renunciar a su vida, a sus planes, o incluso a la vida física, si fuera necesario. Este era un prerequisite para ser un seguidor de Cristo, quien enseñó además, que el intento de preservación de la vida terrenal, resultaría en la imposibilidad de una vida bajo el gobierno de Dios (**Marcos 8:34 y 35**). Incluso fue más allá, al decir que aquellos que no estén dispuestos a sacrificar sus vidas por Él, no pueden ser sus discípulos (**Lucas 14:27**).

Por otra parte, el bautismo no nos mata definitivamente, en realidad solo expresa públicamente el compromiso del creyente a morir a la antigua forma de vida pecaminosa (**Romanos 6:4 al 8**) y renacer a una vida nueva en Cristo, pero el acto en sí, no garantiza nada, todo depende de cada persona y la realidad espiritual que estén viviendo.

En el bautismo cristiano, la acción de ser sumergido en el agua simboliza el morir y el ser sepultados con Cristo. La acción de salir del agua representa la resurrección de Cristo, pero muchas personas, pasan por el agua en una expresión de entusiasmo y acuerdo mental, lo cual no produce ningún fruto. Ciertamente he conocido mucha gente que ha pasado por las aguas del bautismo y luego terminan viviendo tal como se les da la gana.

En la ceremonia bautismal hacemos repetir a las personas frases como: “dejo al mundo y sigo a Cristo...” Sin embargo, muchos hermanos después de eso, se apartan como Demas, amando al mundo más que al Señor (**2 Timoteo 4:10**). El bautismo no tiene poder en sí mismo, puede llegar a ser una simple ceremonia. Sin embargo, cuando hay revelación espiritual, no deja de ser trascendente para nuestra consciencia.

Pablo explicó a los Gálatas su proceso de morir, tal como alguien que ha sido crucificado con Cristo, y luego dijo ya no vivir en sí mismo, sino que Cristo era la manifestación de su vida (**Gálatas 2:20**). La vida antigua de Pablo con su inclinación al pecado había muerto, esa fue la revelación del apóstol. Sin embargo, también dijo luchar para mantenerla lejos de su nueva vida.

Debemos comprender que el “*ya no vivo yo...*” no significaba que Pablo jamás había vuelto a tener pensamientos, sentimientos o deseos pecaminosos. Significaba que la verdad eterna en Cristo lo había matado, y que la gracia lo había alcanzado para una vida nueva. Sin embargo, para una plena manifestación de esa vida nueva, el apóstol debió seguir peleando en el poder del Espíritu, contra los apetitos de la carne y los indebidos sentimientos del alma.

Cuando morimos a nosotros mismos, no nos convertimos en personas inactivas o insensibles, ni nos

sentimos muertos literalmente, sino que aceptamos esa verdad, para tener una plena comunión con el Padre. En cambio, morir a nosotros mismos cada día, es negar todo sentir de pecado, denunciado por la verdad y dominado por el poder del Espíritu Santo. Es la humilde rendición ante el gobierno de Dios en nuestras vidas.

“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”

Gálatas 5:24

Morir al yo nunca se describe en las Escrituras como algo opcional en la vida cristiana. Es la realidad del nuevo nacimiento. Nadie puede venir a Cristo, si primero Cristo no viene a él, y nadie puede permanecer en Cristo, a menos que esté dispuesto a ver a su antigua vida juntamente crucificada con Él.

Jesús describe a los seguidores tibios que intentan vivir parcialmente en la vida antigua, y a la misma vez parcialmente en la nueva, como aquellos a quienes Él va a rechazar (**Apocalipsis 3:15 al 16**). Esa condición fue identificada por Jesús, en algunos hermanos que se congregaban en la iglesia de Laodicea, y lamentablemente hoy, también pensará lo mismo de algunos hermanos.

Ser tibio, es un síntoma de falta de voluntad para morir al yo y vivir para Cristo. Morir al yo no es una opción para

los cristianos, es una elección que nos lleva a la plenitud de vida que Dios propone. La regeneración no es algo que podamos sentir, más bien es algo que debemos creer. Por la regeneración, nuestro espíritu recobró la posición de comunión con el Padre y la vida del Espíritu se estableció en nuestro interior, pero esto no anula definitivamente la vida de nuestra carne y nuestra alma.

La nueva vida en nosotros, implica que dos naturalezas diferentes se confronten en nuestro ser. Una es la naturaleza pecaminosa, la carne, la cual es la naturaleza del viejo Adán; y la otra es la vida espiritual, el “espíritu nuevo”, cuya naturaleza es la de Dios. Cuando Pablo menciona la alegoría de Isaac y de Ismael escribe: ***“Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora”*** (Gálatas 4:29).

En nosotros coexisten dos naturalezas y ambas disputan entre sí, y son causantes de innumerables conflictos internos. La razón por la que muchos hermanos evidencian conflictos internos y alternan entre la victoria y la derrota, es porque estas dos naturalezas ejercen influencias encontradas y no siempre gana la mejor. Todo depende sobre la cual inclinemos nuestras voluntades.

No me refiero a que nuestra voluntad es la que hace funcionar a la naturaleza espiritual. Sí lo hace, con la carnal o alámica, pero no con la espiritual. Esta tiene su autoridad

y poder en la obra del Espíritu Santo. Es decir, si queremos hacer la voluntad de Dios y vivir como personas espirituales, no debemos intentarlo con nuestras fuerzas, sino rendirnos en el Señor para que Él sea el hacedor.

Si quisiéramos hacer lo que nuestra vieja naturaleza demanda, solo deberíamos rendir nuestra voluntad a sus deseos. No necesitamos más que eso para pecar. Sin embargo, si deseamos funcionar en la naturaleza de Cristo, no debemos errar en esto: “No se consigue con nuestra voluntad, sino rindiéndonos al querer y el hacer, otorgado por la vida del Espíritu Santo en nosotros”.

Es decir, cuando pecamos, somos los únicos responsables, porque simplemente nos doblegamos a las concupiscencias de nuestro ser. Sin embargo, cuando vivimos en santidad y nos gozamos en la voluntad del Señor, no es porque surge de nuestras buenas intenciones, sino por la obra de gracia que el Señor hace en nosotros. En otras palabras, no debemos buscar con nuestras fuerzas, hacer lo que Dios desea, sino que debemos buscar a Dios, para que el ponga el querer y ejecute el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**), de esa manera el evangelio del Reino, se vuelve absolutamente disfrutable.

Intentar vivir la fe, con nuestras capacidades, haciéndolo para Dios, y no en Él, solo agrava los conflictos internos. De intentarlo, solo terminaremos absolutamente

frustrados y sentiremos que no tenemos la capacidad de obedecer a Dios. En realidad, Dios no espera que hagamos algo para Él, sino que lo dejemos a Él, hacer lo que debe a través de nuestras vidas. *“No será por la fuerza ni por ningún poder, sino por mi Espíritu, dice el Señor Todopoderoso...”* (Zacarías 4:6 NVI).

Ciertamente el hecho de que un nuevo creyente experimente conflictos internos y sentimientos de culpa, comprueba que éste ha sido regenerado. Una persona que no ha sido regenerada, vive gobernada por sus pecados, y no siente ninguna convicción al respecto. Si bien es posible que a veces se sienta mal por su conciencia, entendiendo que lo que hace es malo, tal sentimiento de culpa es bastante relativo.

El conflicto interior entre el deseo de nuestro ser no regenerado y la vida nueva, es la experiencia más común de todos los creyentes (**Romanos 7:18 al 23**). Nos comprometemos con Dios a realizar el bien, y en verdad deseamos hacerlo, pero nos encontramos, que muchas veces somos incapaces de conseguirlo. Cuando la tentación viene, el poder de la ley que está en nuestros miembros, procura anular nuestro anhelo de santidad. Como resultado de ello, en muchas ocasiones, terminamos hablando lo que no debemos hablar, o hacemos lo que no debemos hacer.

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis”

Gálatas 5:17

Nuestra vieja naturaleza y la nueva naturaleza recibida por la gracia del Señor, son opuestas y enemigas entre sí. Ambas luchan en nuestro interior, generando permanentes conflictos, porque ambas quieren gobernar. Si deseamos vivir una vida bajo el gobierno de Dios, debemos asumir la obra de la cruz. Debemos comprender, que nuestra vieja naturaleza, no puede cambiar, no importa cuántos años de iglesia lleguemos a tener, ella seguirá proponiéndonos lo malo. No hay esperanza de cambio en ella, solo debe morir.

La vieja naturaleza es nacida de la carne. Así que, en ella no mora el bien (**Romanos 7:18**). La nueva naturaleza que recibimos en Cristo, contiene Su esencia, por lo tanto es santa y no puede pecar (**1 Juan 3:9**). Ambas naturalezas se oponen y el conflicto interno es inevitable.

La vieja naturaleza es la carne. ***“Y los que están en la carne no pueden agradar a Dios”*** (**Romanos 8:8**). La nueva naturaleza es nuestro espíritu regenerado, que se funde en un solo ser con el Espíritu Santo (**1 Corintios 6:17**). La vieja naturaleza, puede estar bien educada, y tener buenos principios morales, de hecho, no toda persona sin Dios es absolutamente perversa en sus acciones, aunque no hay

excepción respecto de la depravación total del ser. Es decir, el ser humano está en un estado de maldad y de corrupción absoluta, pero no siempre actúa al máximo de su maldad.

De hecho, cuando alguien en la sociedad, actúa con mayores grados de maldad, es señalado, como un ser diferente, perverso y vil. En realidad, sin Dios, todos tenemos esa naturaleza, solo que evidenciamos por las acciones diferentes medidas de corrupción. Es por eso que ante Dios, lo que cuenta es nuestra naturaleza, no son los hechos los que determinan nuestra posición.

La religión trabaja sobre los hechos y la consciencia humana, el Reino, se vive en el desarrollo de una naturaleza otorgada. Es por eso que los religiosos viven el evangelio procurando ser, y se llenan de culpas, pero los hijos de Dios, vivimos el evangelio creyendo que somos, y podemos gozarnos en la gracia de vivir en Cristo.

Hay quienes no comprenden, porqué Dios puede perdonar a un asesino o violador, porque les resulta más fácil creer que eso podría hacerlo con un vecino de bien, pero no con un perverso total. La gracia es gracia, y actúa sobre la naturaleza del hombre, no sobre sus acciones. En el fondo todos somos pecadores y no queda otra solución que morir a eso. Dios no nos propone cambiar nuestra naturaleza educándola, sino matándola, para que podamos vivir una vida nueva.

Cuando las personas han sido bien educadas, y formadas con buenos principios de convivencia, tenemos la tendencia de pensar que son buenos, y debo decir, que socialmente eso es correcto. Son buena gente para la sociedad, son buena gente para sus familias, son buena gente para con todos, pero no para con Dios. No importa, si logran liberar una nación con la paz, tal como hizo Mahatma Gandhi, si no pasan por la cruz, no tienen acceso al Reino.

Solo cuando somos tocados por la vida y la luz de Dios, somos capaces de ver y tomar consciencia de nuestro estado de pecado. Ningún ser humano, logra tener una clara convicción de sus pecados, sin la obra del Espíritu Santo (**Juan 16:8**). Eso produce nuestra confesión y con ella, la sangre y la vida es impartida, a la vez que entramos en un genuino proceso de arrepentimiento, redención y crecimiento espiritual.

La vieja naturaleza, es parte de nuestro ser y puede llevarnos bastante tiempo para que, en nuestra experiencia, esa vieja naturaleza sea completamente anulada. Mientras que el madero de hace más de dos mil años, nos mató en Cristo, la revelación de la cruz, nos va matando en la experiencia, para lograr la pura manifestación de la vida nueva, que es Cristo en nosotros, la esperanza de Gloria.

“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”.

Gálatas 5:24



Capítulo tres

ALUMBRADOS POR SU LUZ PROCESADOS POR SU JUSTICIA

“Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz. Extiende tu misericordia a los que te conocen, y tu justicia a los rectos de corazón”.

Salmo 36:9 y 10

El creyente que no logra conocerse a sí mismo, no puede progresar espiritualmente porque no puede avanzar más allá de lo que logra ver. Por eso es tan importante lo que dice el rey David en este Salmo. En Su luz, veremos la luz. No hay otra forma de comprender la realidad de nuestro ser.

Cuando desconocemos nuestras faltas y nuestra verdadera condición espiritual, no podemos avanzar hacia lo que Dios tiene para nuestras vidas. Es necesario que primero se nos revele nuestra condición, para comprender la plenitud a la cual Dios quiere que accedamos.

Mientras un cristiano encuentre algo de confianza en sí mismo, no entrará en las dimensiones del gobierno espiritual. Nadie que confíe en sí mismo puede rendirse al gobierno de Dios. Es necesario comprender nuestra incapacidad, antes de acceder a los beneficios del Reino.

La pregunta es ¿Cómo podemos conocernos a nosotros mismos? Dios desea mostrarnos que nuestra vieja naturaleza, por ser corrupta, no puede satisfacer lo que Él exige, pero no hará eso simplemente apelando a nuestro buen criterio. Si nuestra naturaleza pecaminosa opera en nosotros, debemos tener mucho cuidado de no otorgarle el juicio de nuestros sentimientos. El único que puede establecer la verdad en nuestro corazón es el Señor.

El Espíritu Santo es quién nos asiste en nuestra incapacidad. Pablo escribió: ***“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14).***

Si no tomamos consciencia de nuestra incapacidad para juzgarnos, es porque no comprendemos la operación del Espíritu Santo, aun desde el momento en que la gracia se nos manifestó en Él. Cuando vivíamos en tinieblas, y carentes de Su vida, tuvimos que ser convencidos por el Espíritu Santo,

de nuestra condición pecaminosa (**Juan 16:8**). Sin su iluminación no hubiésemos recibido entendimiento ¿Qué nos hace pensar que ahora que vivimos en Cristo no necesitamos lo mismo cada día?

Debemos ser plenamente conscientes de nuestra incapacidad, y volvernos totalmente dependientes de Él para todo. Jesús dijo: ***“Separados de mí nada podéis hacer...”*** (**Juan 15:5**). Si en algún punto, nos volvemos en confianza hacia nosotros mismos, perderemos el rumbo.

Consideremos por un momento a cualquier hermano que camina en rebeldía, y descubriremos que según su criterio, tiene sus razones. Nadie camina en rebeldía creyendo que está obrando incorrectamente, y sin embargo lo están haciendo. La pregunta es ¿Por qué? Bueno, porque creen según sus propios parámetros de justicia, que tienen razón, y sin embargo, han desestimado la luz verdadera para evaluar toda situación.

Cuando observamos a las personas sin Dios, podemos ver fácilmente que las tinieblas han envuelto sus pensamientos, y es en esa oscuridad donde el enemigo establece sus maquinaciones. Lo que no debemos ignorar, es que muchos cristianos también han permitido la oscuridad, cuando no viven en dependencia Divina para todo buen juicio.

Es absolutamente indispensable que podamos apreciar nuestras miserias internas, pero lograrlo es imposible sin la operación del Espíritu Santo. Quienes se juzgan a sí mismos, erran el camino, creen que están haciendo lo correcto, pero en realidad, no están permitiendo que el Señor sea quién establezca la verdad en sus corazones.

Yo siempre doy el siguiente ejemplo: Imaginemos a un joven rindiendo un examen de matemáticas en la universidad. Imaginemos que tuvo que resolver algunas ecuaciones y que al final, el profesor le indica que debe corregirse la prueba el mismo. ¿Qué nota pensamos que se pondrá? Lo más probable es que sea un diez, porque seguramente la hizo creyendo que todo estaba bien. Al corregirla, no puede hacer otra cosa que ponerse un diez. Si tiene algún error que seguramente desconoce, quién debe evidenciarlo claramente es el profesor, no el propio alumno.

Si en verdad queremos evaluar nuestro ser interior, necesitamos de la obra del Señor, porque nosotros, podemos aprobar o justificar un montón de pensamientos y sentimientos incorrectos. Solo el Espíritu Santo, nos puede traer una clara y justa convicción de lo que está bien y mal en nuestro interior.

En muchas ocasiones hablando con hermanos, me han comentado que siempre procuran examinarse a sí mismos, para ver si han cometido algún error sin darse cuenta. Eso me

parece una actitud cargada de buenas intenciones, pero lamentablemente tengo que decirles que así no es, como pueden llegar a la verdad de los conflictos internos.

El auto análisis, es un gran engaño y ha perjudicado a muchos creyentes. Sin embargo, podemos llegar a confundirnos con algunas expresiones del apóstol Pablo. Por ejemplo, él escribió: *“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos”* (2 Corintios 13:5).

En el capítulo trece de la segunda carta a los corintios, Pablo exhortó duramente a los hermanos al compromiso, y les aclaró que era Dios, quién les estaba hablando a través de su vida. En el verso cinco, los confrontó respecto de lo que ellos decían creer, proponiéndoles examinarse a sí mismos, para saber si realmente estaban en la fe, pero no estaba diciéndoles que se examinaran el corazón para encontrar la condición interna de cada uno.

El Señor había dicho claramente a través del profeta Jeremías, que engañoso es el corazón de las personas, más que todas las cosas, y a la vez perverso. Luego les preguntó: ¿quién lo conocerá? (**Jeremías 17:9**). Por supuesto, el Señor sabía que nadie podía atribuirse una capacidad semejante, así fue, que les dejó bien en claro que solo Él podía escudriñar la mente y probar el corazón, para dar a cada uno según el fruto de sus obras (**Jeremías 17:10**).

En otra ocasión, el apóstol Pablo también escribió en **1 Corintios 11:28 y 29**: ***“Pero pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa, porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí...”*** En este caso, la evaluación personal que Pablo propone, no era con el fin de obtener un claro diagnóstico de la santidad de los hermanos, sino que Pablo, se estaba refiriendo a la participación de la Santa Cena.

Tampoco se estaba refiriendo a discernir el significado del pan, tal como algunos sugieren, sino de los hermanos, quienes realmente son el cuerpo de Cristo. Había algunos que participaban de los banquetes que organizaban y perdían el sentido de lo que significaba el momento de partir el pan. En realidad, en esa época no se trataba de una ceremonia religiosa, sino de un acto reflexivo para hacer memoria de la obra de Cristo, y del diseño corporativo de la Iglesia.

El autoexamen que propone Pablo en este versículo se relaciona con la participación otorgada por la gracia, que nos demanda humildad y verdadera unidad con los hermanos, y no sugiere específicamente que busquemos errores en nuestro interior para poder progresar espiritualmente.

***“Pues así ha dicho Jehová de los ejércitos:
Meditad bien sobre vuestros caminos”***

Hageo 1:5

En el Antiguo Testamento encontramos varios pasajes como este de Hageo, en los cuales el Señor exhortaba a los Israelitas a meditar en sus acciones, en sus errores y en la Palabra. La meditación no debería ser para nosotros una actividad de los monjes orientales. La Biblia nos demanda la meditación de nuestros hechos pasados, de nuestra gestión de vida, de la Palabra de Dios y de Su propósito.

De todas maneras, nada de lo mencionado, será efectivo para nosotros, sin la operación del Espíritu Santo. Mucho más aun, cuando se trata de una meditación de los pensamientos y sentimientos internos. Hay misterios que albergan nuestra mente y nuestro corazón, que son lugares a los que solo puede acceder el Señor con Su Luz verdadera.

La Biblia hace referencia del rey David, como un hombre que tenía un corazón conforme al de Dios (**Hechos 13:22**), porque su prioridad, siempre era hacer la voluntad de Dios. Sin embargo David, fue engañado por su propio corazón en más de una ocasión. Por ejemplo, en su famoso pecado con Betsabé, y digo famoso justamente, porque él procuró que fuese una cuestión absolutamente secreta, y por esa causa, Dios permitió que todo fuera expuesto, aun hasta nuestros días.

Cuando el profeta Natán confrontó a David con su pecado, quedó en claro que el rey, no se había percatado de la maldad de sus acciones. No había comprendido lo que su

pecado había significado ante Dios. En esa época era muy común que los reyes actuaran de esa manera, y tal vez por eso, no consideró tan graves sus acciones, pero solo hasta que se dio cuenta de lo oscuras que habían sido.

Entonces fue, que David se arrepintió ante el profeta y ante Dios, de manera absolutamente honesta. En el **Salmo 51**, escrito como una canción de arrepentimiento ante Dios, podemos ver claramente que David llegó a comprender su incapacidad de detectar claramente lo que había en su corazón.

*“Porque yo reconozco mis rebeliones,
Y mi pecado está siempre delante de mí.
Contra ti, contra ti solo he pecado,
Y he hecho lo malo delante de tus ojos;
Para que seas reconocido justo en tu palabra,
Y tenido por puro en tu juicio.
He aquí, en maldad he sido formado,
Y en pecado me concibió mi madre.
He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo,
Y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.
Purifícame con hisopo, y seré limpio;
Lávame, y seré más blanco que la nieve.
Hazme oír gozo y alegría,
Y se recrearán los huesos que has abatido.
Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.*

*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.*

*No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo Espíritu”.*

Salmo 51:3 al 11

David tenía temor de dejarse guiar por su engañoso corazón. En los salmos, David expresa un deseo profundo de recibir de parte de Dios un corazón limpio, y un espíritu recto, para ser guiado a la perfecta voluntad de Dios. No solo lo expresó en este salmo sino que claramente lo escribió también en el **Salmo 19** donde deja en claro la incapacidad humana para comprender a cabalidad, el interior de nuestro ser, y la dependencia que debemos tener para que Dios haga Su obra:

“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; Que no se enseñoreen de mí; Entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, Oh Jehová, roca mía, y redentor mío”

Salmos 19:12 al 14

La estructura de nuestro ser interior es muy compleja, por lo tanto, nos es imposible determinar con exactitud cómo nuestros deseos, pensamientos, sentimientos y otras manifestaciones de nuestro corazón interactúan y afectan en

nuestra manera de sentir y de pensar. Ciertamente ni la ciencia ha podido comprobar cómo se desarrolla todo esto en nuestro interior. Solo podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que es un proceso muy complicado, a tal grado, que aun si pudiéramos examinarnos profundamente, no podríamos conocer con exactitud cómo somos, ni que es lo que está absolutamente correcto en nuestro interior.

En muchas ocasiones no entendemos claramente lo que nos pasa, o como vamos en la vida, porque en realidad desconocemos nuestras propias intenciones, y los motivos que las han causado. No sabemos si nuestras propias conclusiones, son el resultado de pecados ocultos o no. No me refiero a los hechos, sino a la esencia que se oculta en nuestro ser. De manera que podemos estar evaluando algunas situaciones desde bases egoístas, limitadas o vanas, sin percatarnos de que esto es así.

Ninguna de las conclusiones que provengan de nuestro ser es digna de confianza ya que pueden ser inexactas y extremadamente complejas. Esto es evidente en las personas que caminan sin dirección divina. Podemos ver a individuos íntegros y ordenados en algunas áreas de sus vidas, y por otro lado sorprendernos por los desequilibrios emocionales que sufren internamente, o las grandes injusticias que cometen.

En la fe, he visto a muchos hermanos que predicán y sirven a Dios con sus dones, pero en sus vidas privadas,

tienen grandes problemas de carácter, y muchos conflictos a nivel familiar. Estos hermanos pueden llegar a encontrar luz para las Escrituras y pueden enseñar correctamente, pero en el interior de sus vidas, se debaten en conflictos que aún no pueden resolver.

En algunos casos, llegan a pensar que el problema es la complejidad de los demás. Ellos conocen la Palabra y saben de la voluntad de Dios, pero no logran ver las áreas oscuras que padecen interiormente. He conocido a ministros celosos, egoístas, envidiosos, de mal carácter, temerosos, orgullosos, y uno se pregunta ¿Cómo puede ser esto, si ellos conocen muy bien la Palabra? En realidad, conocen la Palabra, pero no se conocen a sí mismos y no se ven, como en realidad son vistos por los demás. Esto es algo complejo y nadie puede decir que está libre de esta distorsión de la realidad de vida.

Todos en algún momento, nos podemos poner alguna prenda de vestir, pensando que nos queda muy bien, pero puede que la gente nos vea y piense que en realidad esa vestimenta no nos favorece para nada. La forma en la que nos vemos a nosotros mismos, no siempre se ajusta a la realidad. Eso es lo que nos ocurre con nuestro interior, no logramos vernos como en realidad somos, y sin darnos cuenta manifestamos lo bueno y lo malo sin diagnosticar correctamente la fuente de todo.

Las personas sin Dios, no pueden resolver esto más que con la visita al psicólogo, algo que se ha vuelto muy común hoy en día. Nosotros contamos con el Espíritu Santo, que es quién nos puede mostrar la verdad de todo lo que hay en nuestro interior y guiarnos por el camino de la libertad.

Su vida nos alumbró (**Juan 1:4**), y Su luz produce dos cosas fundamentales en nuestras vidas. Por un lado, nos muestra la condición de nuestro ser interior, y por otro lado, nos permite entender la verdad de Dios. La verdad nos libera del error (**Juan 8:32**), a la vez que actúa como un espejo que nos confronta con nuestras miserias, y nos impulsa al cambio.

Si persistimos en evaluar nuestras vidas sin la asistencia fundamental del Espíritu Santo, solo llegaremos a tristes resultados. O nos veremos bien y nos conformaremos con lo que somos, o nos vamos a frustrar al sentirnos incapaces de encontrar un justo equilibrio emocional. Es imposible que quienes siendo cristianos persistan en esa actitud sin terminar frenando su avance espiritual.

Ser mejores personas para Dios, no es tratar de eliminar los malos pensamientos y retener los buenos, ni de quitar de nosotros los malos sentimientos o deseos. Puede que en ese intento, terminemos obrando incorrectamente, porque el Señor no nos ha asignado esa tarea de gestionar el bien y el mal en nuestro interior. Lo que Él nos enseña, es que debemos rendirnos al Espíritu Santo, para que Él haga lo

correcto, a Su manera, mientras nosotros ponemos nuestra mirada en Cristo, sin defender o justificar nuestro ser levantando fortalezas.

“Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual sacará a luz lo oculto de las tinieblas y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”

1 Corintios 4:5

El apóstol Pablo enseñaba que sólo cuando el Señor ilumina con Su luz, podemos llegar a saber lo que está bien y lo que está mal en nuestro interior. La pregunta sería ¿Por qué motivo evita que procuremos el conocimiento de lo que hay en nuestros corazones? La respuesta es que eso solo puede llegar a ser una pérdida de tiempo. Debemos confiar en que Dios sabe lo que hace y dejarnos llevar por sus procesos.

Yo he vivido ciertos procesos que en su momento, los he creído innecesarios, pero con el paso de los años, he llegado a comprender que en realidad me sirvieron de mucho. Sin duda yo desconocía que algunas cosas estaban en mí interior, y era necesario que murieran a través de esos procesos. Incluso si alguien me lo hubiera explicado en ese momento, no lo habría comprendido. Me fue necesario el proceso de Dios, para darme cuenta con los años, no solo que

tenía algunas cosas que estaban mal, sino que el doloroso tratamiento del momento, al final produjo grandes resultados.

Los éxitos de la vida, si es que puedo llamarlos así, me han proporcionado un verdadero disfrute, pero en realidad la formación y el avance, siempre han sido producidos por los procesos de dolor o pérdida que he tenido que afrontar. Lo mejor de nosotros se puede gozar en las victorias, pero lo peor de nosotros, solo puede morir en los procesos de Dios, los cuales suelen ser sin analgésico alguno.

Cuando pasamos procesos de dolor con la mente puesta en Dios, y no en nosotros mismos, el dolor no nos convierte en desdichados, sino en consagrados para la gloria del Padre. Con lo cual, no estoy enseñando que no debemos conocernos, o que no debemos observar nuestro progreso, estoy enseñando que el juicio respecto de nuestro ser interior, debe ser realizado por el Señor y es solamente Él, quién debe determinar los procesos necesarios para nuestro perfeccionamiento.

“Escudriñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón”.

Salmos 26:2

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad”.

Salmos 139:23 y 24

Al rendirnos, debemos pedirle a Dios que nos examine, que escudriñe lo más profundo de nuestro ser, que nos pruebe y nos procese todo lo necesario. No debemos tener temor, Dios es bueno y Él sabe lo que hace. Él desea que tengamos la misma perspectiva que Él tiene. Por lo tanto, para determinar nuestra verdadera condición interna, debemos rechazar lo que nos dicen nuestros sentimientos, clamar por Su luz, recibir Sus pensamientos y aceptar Sus procesos.

***“Porque contigo está el manantial de la vida;
En tu luz veremos la luz.
Extiende tu misericordia a los que te conocen,
Y tu justicia a los rectos de corazón”.***

Salmo 36:9 y 10



Capítulo cuatro

LOS PORTALES DEL CORAZÓN

*“En el agua se refleja el rostro,
y en el corazón se refleja la persona”*

Proverbios 27:19 NVI

Sin duda todos sabemos de la importancia simbólica que tiene el corazón para los seres humanos. Es extraño, que el corazón siendo un órgano del cuerpo físico, también es considerado como el productor de todos los sentimientos, o el centro de la expresión de la vida. Además, es extraordinario que la Biblia, siendo la Palabra de Dios, también mencione el corazón del hombre en muchas ocasiones y de diferentes maneras, dándole incluso una trascendencia fundamental para fructificación. Salomón escribió al respecto:

*“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida.”*

Proverbios 4:23

Si realmente una persona refleja con su vida, lo que hay en su corazón, y si la Biblia sugiere el cuidado del mismo por sobre todo nuestro ser, debemos asumir que el corazón es tanto el altar de Dios, como el centro de todo conflicto interior. Si en verdad deseamos vivir Reino, creo que debemos observar algunas recomendaciones divinas respecto del corazón.

La Biblia menciona al corazón con tres palabras hebreas como *Libbá*, *Kiliá*, *Mehá*, que hacen referencia al corazón como el órgano físico que bombea sangre a todo el cuerpo. También lo menciona con la palabra *Lebáb*, que se traduce como el entendimiento, el espíritu, la inteligencia, la meditación, o el propósito. Y la palabra *Leb*, la cual conlleva el significado de sentimientos, voluntad, intelecto, o el alma humana, incluso es la que utiliza el profeta Jeremías en el famoso capítulo diecisiete de su libro.

Las palabras *Lebáb* como *Leb* son las palabras más utilizadas en la Biblia, y casi comparten la misma intención de identificar al corazón como el ser interior. La diferencia es que por momentos el Señor menciona al corazón como el alma en la que no se puede confiar, y por momentos se refiere al espíritu humano, el cual nos puede llevar por caminos de rectitud a través de la guía del Espíritu Santo.

Ahora bien, pensando mucho en esto, y analizando el corazón desde todos los aspectos posibles, pude comprender

que el corazón de carne, es como una bolsa compuesta por músculos con vasos sanguíneos que entran y salen de él. Está situado entre los pulmones, a la izquierda del tórax, apoyado sobre el diafragma y detrás del esternón.

La función del corazón es bombear la sangre a todos los rincones del organismo. La sangre recoge oxígeno a su paso por los pulmones y circula hasta el corazón para ser impulsada a todas las partes del cuerpo. Después de su viaje por el organismo, la sangre queda sin oxígeno y es enviada de nuevo al corazón para que éste la bombee a los pulmones con el fin de recoger más oxígeno y así se completa el ciclo. Cualquier parte de nuestro cuerpo que deje de recibir la preciada sangre, morirá, porque la vida va en ella, y si el corazón no realizara el traspaso para la purificación previa nos enfermaríamos hasta morir.

El corazón es el músculo que más trabaja en el cuerpo humano, latiendo unas 115.000 veces al día, con un índice promedio de 80 veces por minuto, es decir, aproximadamente 42 millones de veces al año. Durante un tiempo de vida normal, el corazón humano puede llegar a latir más de 3.000 millones de veces, bombeando una cantidad de sangre de cerca de un millón de barriles. Incluso cuando estamos descansando, el corazón continúa trabajando duro.

El corazón también es el más extraño, profundo y maravilloso universo de consideraciones por parte de Dios,

porque lo menciona muchas veces en las Escrituras, tanto como el productor de las cosas malas, como el generador de cosas buenas. Lo cual nos permite comprender que el corazón no solo es visto físicamente como el órgano que distribuye vida a todo el cuerpo, sino que puede ser el emisor de las expresiones del alma, o del espíritu.

Jesús dijo que del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, y las blasfemias. Jesús dijo que estas cosas son realmente las que contaminan a los hombres (**Mateo 15:19 y 20**). Podríamos decir entonces, que el gran problema del ser humano es su corazón, porque aquí es presentado como el generador del pecado.

De hecho, el Señor nos reclama el corazón para ejercer Su gobierno sobre nuestra vida. Jesús recordó y confirmó lo que ya estaba escrito al respecto: ***“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente”*** (**Mateo 22:37**). Esto implica que el corazón puede ser el generador de pecado en las personas sin Dios, o puede ser el trono de gobierno para el Espíritu Santo.

Vamos a tratar de entender qué pasó en el corazón de los seres humanos, ya que Dios no creó al hombre con un corazón de pecado sino con un corazón puro. Sin embargo vemos que en los días de Adán y Eva, aparece en escena otro

personaje que ciertamente tenía un corazón impuro, y que estaba listo para generar rebelión.

En Ezequiel capítulo 28 versos 16 y 17 dice: ***“A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enaltecó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti”***.

Veamos que el corazón de ese querubín protector, ahora bien llamado Satanás, se enaltecó y fue lleno de iniquidad. Esto es muy importante comprenderlo, ya que del corazón mana lo bueno y también mana lo malo. Jesús lo enseñó diciendo:

“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca”

Lucas 6:45

Satanás no es un hombre, pero si tenía iniquidad y mentira en su corazón y eso fue lo que habló con Eva, porque el principio es el mismo. El problema fue que Eva no solo le abrió su oído, sino que también le brindó su corazón y dejó

que él sembrara iniquidad y mentira, y si algo sabemos bien, es que toda semilla produce según su especie, por lo tanto era solo cuestión de tiempo que la semilla plantada en Eva produjera su fruto y además esa misma semilla fuese sembrada en Adán.

En la parábola del sembrador (**Mateo 13:18 al 23**), Jesús establece este principio de una manera muy clara, Él dice que las palabras son semillas. Es cierto que Jesús en ese momento, estaba hablando de la Palabra de Dios, pero el principio de siembra es el mismo, toda semilla produce según su especie. Por lo cual, una semilla de iniquidad, solo puede producir iniquidad.

El corazón es la tierra que puede ser sembrada y que producirá aquello que se le sembró. La semilla del hombre en el vientre fértil de una mujer produce un niño, y el hombre se convierte en padre, así también las palabras producen paternidad. Jesús les dijo a los religiosos judíos que el diablo era el padre de la mentira (**Juan 8:44**), y eso fue lo que Satanás sembró en Eva, semillas de mentira, porque le dijo que si comía del fruto del árbol prohibido, sería semejante a Dios y en realidad, ellos ya habían sido creados a semejanza de Él, por lo tanto, al comer ocurrió exactamente lo contrario.

Cuando Satanás le habló a Eva, lo hizo desde la abundancia de su corazón. Ella por su parte, también abrió su corazón para recibir esas semillas de iniquidad y de mentira,

eso fue lo que más tarde le transmitiría a Adán, por lo cual ambos terminaron pecando. A partir de ahí el corazón del hombre, ya no fue puro, ni confiable, se convirtió genéticamente en un corazón engañoso y perverso, y desde entonces, la muerte y la maldad ya no se han detenido. Por eso, y hasta nuestros días, Jeremías deja en claro que el hombre que confía en sí mismo está en maldición, que solo es como la retama sin raíz, que está seca, sin vida, sin fruto, y que rueda sin rumbo por el desierto (**Jeremías 17:5 al 10**).

El corazón que mana impureza, es el corazón de la gente natural, de la gente no renacida, es el corazón que nosotros tuvimos alguna vez, un corazón que hoy como cristianos, entregamos al Señor cada día, un corazón que debemos cuidar y que debemos exponer a la luz del Espíritu Santo, para que Él, a través de la Palabra y los procesos, trate con esa esencia que procura seguir operativa en nosotros y que nos acecha generando conflictos, aunque seamos nuevas criaturas.

El pecado esclaviza. La gente sin Cristo es esclava del pecado y no hay forma en que pueda dejarlo por voluntad propia. ***“Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”*** (**Juan 8:34**). El pecado oprime, esclaviza y destruye el alma. Ante la trascendencia de esto, Jesús enseñó que la única manera de ser libres del pecado es conociendo la verdad y permaneciendo en ella (**Juan 8:31 y 32**).

“Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño”

Salmo 32:1 y 2

Tengamos en cuenta que para recibir esto hacen falta un par de cosas. La primera es abrazar la gracia como tal y la segunda renunciar a un reinado personal, porque quienes permanecen gobernándose a sí mismos, no hacen otra cosa que permanecer en una esclavitud encubierta. Un corazón entregado, es un corazón que se quita la corona y se doblega ante Cristo, es un corazón que ya no procurará gobernar, sino estar bajo gobierno divino.

Entonces, ¿por qué tantos cristianos viven como si estuvieran aún en la esclavitud de su vieja naturaleza? Por una sencilla razón. A menudo nos rebelamos contra nuestro Señor, negándonos a obedecerle y aferrándonos a nuestra vieja naturaleza. Nos sujetamos a los pecados que una vez nos ataron, no tal vez desde los hechos obscenos, porque ya no deseamos pecar, pero sí desde los sentimientos viciados, impregnados de egoísmo, celos, envidia, culpa, temor, y cosas como esas, que aunque no las detectamos fácilmente, no hacen más que producir conflictos.

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente”

Efesios 4:22 y 23

Nos cuesta mucho sostener la verdad, que hemos sido crucificados juntamente con Cristo (**Gálatas 2:20**) y que hemos nacido como nuevas criaturas (**2 Corintios 5:17**). La vida cristiana es morir a nosotros mismos, y levantarnos para caminar en la novedad de vida en Cristo (**Romanos 6:4**).

El Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos perdonados y que por esa gracia, hemos sido convertidos en hijos de Dios (**Romanos 8:16**). El corazón renacido debe ser un verdadero altar de comunión para Dios. El Espíritu Santo Es quién habita en nuestro interior, y debe ser solamente Él, quién fluya a través de nuestro corazón.

“Yo les daré un corazón íntegro, y pondré en ellos un espíritu renovado. Les arrancaré el corazón de piedra que ahora tienen, y pondré en ellos un corazón de carne, para que cumplan mis decretos y pongan en práctica mis leyes.

Entonces ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios.”

Ezequiel 11:19 y 20 NVI

En lugar de ser el asiento abominable del pecado, nuestro corazón es ahora el ámbito del gobierno de Dios, que se irá conformando día a día a la perfecta voluntad del Padre.

En ese palpar, comenzará a dar a luz los maravillosos frutos del Espíritu, que florecerán dando vida en donde solo hubo muerte. Será limpiado de todo patrón de pensamiento equivocado, de todo sentimiento enfermizo, de toda vanidad y de todo orgullo, comenzarán a ocupar su lugar la alegría, la paz, la paciencia, la amabilidad, la bondad, la fidelidad, la humildad y el dominio propio.

El secreto de esta producción de fruto es que permanezcamos en Cristo, y que Su Palabra permanezca en nosotros (**Juan 15:1 al 10**). Los cristianos no deberíamos utilizar otro portal del corazón que aquel que nos brinda nuestro ser, purificado por el Señor. Sin embargo, por diversos motivos, la vieja naturaleza busca manifestarse utilizando el portal por el que manan los malos deseos, los malos sentimientos, y las malas acciones.

De la misma forma que el corazón de carne, tiene diferentes portales para que circule la sangre, por un lado contaminada y por el otro purificada, así también es el corazón para el fluir del espíritu o del alma.

***“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra,
para mostrar su poder en favor de los que tienen corazón
perfecto para con Él”***

2 Crónicas 16:9

Cuando Dios se refiere a la perfección del corazón, no lo hace en términos de lo ya concretado ni existente, de ser así, su búsqueda sería solo tiempo perdido. El corazón del hombre está corrompido, enfermo y deformado. Dios considera a un corazón perfecto cuando es moldeable, dócil y entregado como el barro fresco en las manos del alfarero.

“¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? dice Jehová.

He aquí que como el barro en las manos del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel.”

Jeremías 18:6

Ese barro, primero necesita estar en sus manos y en segundo lugar debe ser barro fresco, porque es imposible para el alfarero trabajar con barro seco. Es decir que para Dios un corazón perfecto, simplemente es un corazón en el cual, pueda trabajar con sus manos para moldearlo a Su voluntad.

Nosotros somos barro y cuando Dios busca barro, no mira la apariencia, ya que el creador y artista no mira la forma de la materia prima de su creación. Él mira la obra en la futura perspectiva de su creación. Él ya nos tiene diseñados para Su propósito, solo necesita trabajar con sus manos y conseguir formarnos conforme a Su deseo.

“Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira, lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón...”

1 Samuel 16:7

Ese corazón que Dios está buscando para trabajar en él, formando su voluntad, parece difícil de encontrar. Pero no es imposible, la Biblia nos enseña que aun en el Antiguo Pacto, hubo alguien que lo tenía y por supuesto, Dios no lo ignoró.

“He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero.”

Hechos 13:22

Cuando Dios dice que lo halló es porque efectivamente lo estuvo buscando. Pero no termina su intención con David, Él sigue buscando cada día. Él sigue contemplando la tierra y si nuestro corazón está disponible, Él lo tomará. Si lo hace puedo asegurar que los más grandes y maravillosos beneficios vendrán sobre nuestra vida como vinieron sobre la vida de David en aquel momento. Solo necesita que nuestro corazón sea humilde, y que el portal de la purificación, funcione de manera efectiva.

Podemos ver que si Dios busca un corazón perfecto, es sencillamente porque un corazón duro y rebelde no podrá jamás recibir todas las bendiciones que Dios pretende. Él no

solamente tiene el propósito de bendecirnos abundantemente, sino que además quiere librarnos de la maldad, el engaño y la perversión del corazón no rendido. Además, cuando los hijos de Dios, no cuidamos el corazón, comenzamos a evidenciar rápidamente los conflictos internos. En tal caso, no seremos más que gente evangélica, que dice creer, pero que no logra vivir lo que dice.

Caminar tras los sentimientos del corazón no purificado, nos arrastra hacia la necesidad, nos revuelca en el error, nos pervierte la razón y nos aleja de la verdad de tal forma que Dios mismo llega a decir que no nos prostituyamos tras las impurezas que pretenden fluir desde el corazón **(Números 15:39)**.

Es muy claro que si no cuidamos nuestro corazón, como un verdadero altar para Dios, será invadido por las impurezas del alma. Es cierto que el Señor habita nuestro ser interior y que la comunión con Su Espíritu Santo purificará nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras acciones, pero si no cuidamos diariamente una profunda comunión con Él, seremos afectados por la apertura del portal del que solo manan las impurezas.

El Nuevo Pacto es maravilloso, porque nos permite ser morada para el Espíritu Santo, a la misma vez que nos permite sumergirnos en la persona de Cristo, esta es la gracia Divina de nuestro Señor. Sin embargo, también debemos

comprender que hay un proceso diario y permanente de entrega a Dios, un proceso que nos permitirá fundirnos en Su voluntad y en Su propósito. Si no lo entendemos así terminaremos frustrados, porque una y otra vez nos encontraremos evidenciando frutos de nuestra vieja naturaleza.

Debemos ser entrenados para los procesos, entrenados para el dolor del éxito, porque sin duda hay procesos que irán matando nuestra vieja naturaleza, e irán forjando lentamente en nosotros, la personalidad de Cristo, Su amor y Su paz. En la gracia eterna ya está todo consumado y otorgado, pero en la vida diaria de este cuerpo de barro, estamos en continuos procesos conductivos, que no harán otra cosa que ponernos bajo el gobierno de Dios.

***“Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas,
En cuyo corazón están tus caminos”***

Salmo 84:5

La fe nos permite creer y recibir un corazón nuevo, la misma fe, nos permite enfrentar cada día la realidad de un corazón engañoso que procurará entronarse. La fe nos permitirá aferrarnos a la nueva vida en Cristo y la misma fe, nos permitirá rendirnos ante la cruz, llevando cada día al viejo hombre de pecado. La fe que Dios nos ha dado, nos permitirá vivir en el nuevo hombre que es libre, y renunciar al viejo hombre que es el esclavo. La misma fe que produce

vida eterna, es la misma fe que mata el pasado. Es la fe que nos muestra el corazón perfecto, es la misma fe que nos ayudará a vivir bajo Su gobierno, para alcanzar Su plenitud.

Palabra fiel es ésta: “Que si morimos con Él, también viviremos con Él; si perseveramos, también reinaremos con Él...”

2 Timoteo 2:11 y 12

Dios quiere levantar una generación de gente que quiera complacerlo, y no de gente religiosa producida en serie, que se esfuerza tan solo por complacer al hombre. Dios quiere a los que buscan su voluntad, a los que doblan sus rodillas y miran al cielo para preguntar que deben cambiar y que deben hacer para avanzar correctamente.

Es fácil saber lo que todos deseamos a la hora de pedir algo a Dios, sencillamente queremos que Dios nos escuche, nos conteste, nos dé. Pero: ¿Qué hay cuando es Dios el que nos pide a nosotros y no nosotros a Él? ¿Qué hacemos en tales casos? ¿Somos capaces de escuchar? ¿Somos capaces de contestar? ¿Somos capaces de dar a un Dios amoroso lo que nos está pidiendo?

Yo sé que Dios es Todopoderoso. Eso quiere decir que todo lo puede, que no necesita de nada ni de nadie. Simplemente si quiere algo lo demanda o nos ordena hacerlo, pero ¿Por qué un Dios Todopoderoso habría de pedirnos algo

y esperar que se lo demos? ¿Qué puede necesitar de nosotros? ¿Qué tenemos tan importante en nuestras vidas que un Dios Todopoderoso, que no necesita de nada ni de nadie pueda pedirnos?

***“Dame, hijo mío tu corazón,
y miren tus ojos por mis caminos,”***

Proverbios 23:26

¿Qué hacemos cuando Dios nos pide nuestro corazón? Yo siento una gran urgencia por correr a Él y entregarle todo mi ser. Es más, mi gran problema es a veces no entender muy bien cómo hacerlo, es intentarlo y luego torpemente negarlo, es quererlo y muchas veces yo mismo frustrarlo. Yo no sé qué le ocurre a otros hermanos, pero yo he llegado a la conclusión de que mi gran problema soy yo mismo.

Por otra parte mi urgencia no solo está basada en mi amor, sino en que conozco sus principios y sus reglas, porque cuando Él habla algo, automáticamente lo hace ley, cuando se hace ley, se hace firme. En su naturaleza de bondad, nunca jamás creó firmes Palabras para perjudicar al hombre, nunca lo hizo para quitar algo al hombre, sino que por el contrario todas sus Palabras firmes son para beneficiarnos, para darnos, para bendecirnos.

Por lo tanto cuando Él nos pide el corazón lo hace bajo esos mismos principios, no lo pide para quitarnos una buena

porción, sino que nos pide para darnos un nuevo y mejor corazón. Si no se lo damos, Él no se caerá de su trono y no dejará de ser Dios, pero si se lo damos seremos los primeros y únicos beneficiados.

Por otra parte, llegamos a Dios con un corazón rendido, pero ciertamente lleno de sentimientos equivocados, y Él nos está formando para que seamos personas con corazones conforme a Su corazón, capaces de sentir como Él siente, ver como Él ve, pensar como Él piensa, hablar como Él habla y amar como Él ama. No hay otra forma posible, no hay otra manera de llegar a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, que no sea a través de Su propia obra maestra (**Efesios 4:13**)

***“Bienaventurados los de limpio corazón,
Porque ellos verán a Dios.”***

Mateo 5:8



Capítulo cinco

LOS VELOS DEL ALMA

“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo.

Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales.

Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”.

1 Corintios 15:45 al 50

Sin lugar a dudas, no debemos subestimar al alma, porque tiene mucho poder, ya que fuimos creados principalmente como almas vivientes. Cuando Dios creo al hombre, lo hizo con la esencia de la tierra, porque lo formó del polvo, y le sopló su aliento divino, que es Su esencia. Sin

embargo, también le dio un alma, que nos dio la característica tan especial de seres humanos.

El cuerpo, formado de la tierra, es lo que nos conecta con la tierra y el espíritu dado por Dios, es lo que nos conecta con el Creador, pero el alma nos otorga una particularidad diferente. El pecado desconectó al hombre de Dios, pero no lo desconectó de la tierra, por lo tanto, después de la caída, el hombre desarrolló su alma, tomando gobierno de sí mismo y habitó un cuerpo, el cual ha demandado sus deseos.

El espíritu por su parte, desconectado de Dios, perdió sus funciones de autoridad. El gobierno del alma, llevado por las demandas del cuerpo y las influencias de Satanás, es lo que ha desbancado al hombre de su posición. Jesucristo vino como hombre para recuperar lo que el hombre perdió en Adán, y nos devolvió la comunión con el Padre a través de Su vida.

Su Sangre nos limpió completamente y Su Espíritu Santo, nos vivificó dándonos una nueva vida espiritual. Ahora tenemos conexión con el Padre y conexión con la tierra. El alma perdió su gobierno y se encuentra en pleno proceso de redención. Una vez más, encontramos el suceso del Calvario con una redención consumada, y un proceso personal de cada uno, en la redención obtenida.

Jesús nos enseñó que al conocer la Palabra desde la vida, nos haría libres. Por supuesto, ya hemos sido liberados de nuestros pecados y de la condenación eterna, pero en el proceso de redención nuestra libertad, va siendo proporcional a la verdad que se nos haya revelado (**Juan 8:32**).

En ese proceso de liberación, el alma pretende seguir con sus deseos y decisiones. Nuestra capacidad de brindarle al Espíritu Santo, todo nuestro ser, anula al alma para la expresión de nuestra vieja naturaleza. Es entonces, que comenzamos a ver claramente, la lucha entre nuestro ego, y el gobierno del Señor.

El alma produce nuestros deseos, sueños, pasiones, sentimientos, voluntad y carácter. Los manifiesta a través de lo que llamamos corazón y trata de justificarlos con nuestra mente. Es por eso que de una u otra forma, se las ingenia para que sobreviva nuestro “yo”. Lo cual no es muy conveniente para alcanzar plenitud de vida. No es que Dios no quiera que seamos libres para expresar nuestro ser, sino que la verdadera libertad, no está basada en lo que queremos hacer, sino en hacer lo que debemos.

Cuando no conocíamos al Señor, considerábamos que era libre, aquel que podía hacer cuantas cosas deseaba, y eso es lo que piensa el mundo, pero en realidad, libertad no es hacer lo que queremos, sino que es hacer las cosas correctas,

y esas cosas correctas, solo están relacionadas con Dios, porque solo Él sabe lo que es absolutamente correcto.

Jesús es el mejor ejemplo de esto, porque no ha existido nadie en este mundo más libre que Él, y sin embargo, para lograrlo, siempre estuvo sujeto a la voluntad del Padre. Este es un principio inaceptable para la gente que camina en oscuridad, pero para quienes hemos recibido revelación de la gracia y la verdad, esto es lo más sabio que podemos hacer.

Las tinieblas llevan a cabo sus planes funcionando a través del hombre, pervirtiendo su sabiduría y potencial, corrompiendo el alma, estimulando sentimientos erróneos y provocando los deseos carnales. El hombre sujeto a ella, piensa que es libre, pero en realidad está transitando una dura esclavitud, que solo lo conducirá a una eternidad de tormento y dolor.

***“Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de aquellas que cosen vendas mágicas para todas las manos, y hacen velos mágicos para la cabeza de toda edad, para cazar las almas! ¿Habéis de cazar las almas de mi pueblo, para mantener así vuestra propia vida?
Ezequiel 13:18***

Según este pasaje de Ezequiel, en esa época había hechiceros y falsas profetisas dentro de las prácticas esotéricas de babilonia. Eran personas que utilizaban vendas

y velos mágicos para engañar al pueblo. Cuando ellos daban una palabra profética para mentir y para manipular, ponía una cinta o venda, en el antebrazo de las personas, les daban una palabra y después les sacaban la venda, pero la obra ya estaba hecha porque les manipulaban el alma.

También ponían velos transparentes que llegaban hasta el suelo, y había velos para todas las edades. Los supuestos profetas, daban la palabra profética y luego quitaban el velo, pero el alma de la persona quedaba atrapada con una venda mágica espiritual, quedaba engañada y luego era muy fácil manipularlos.

Las hijas de Israel, algunas de ellas adivinas, cosían estas vendas mágicas y velos mágicos para contarles el futuro a las personas, o para entregarles un hechizo de buena suerte. Esto lo hacían con engaño, disfrazando la situación de algo bueno, prometiéndoles que se mantendrían fuera de la influencia de todo espíritu maligno para tener éxito, e incluso que sanarían de sus enfermedades.

La gente pagaba por esas cosas, en ocasiones con cebada y pan. En otras ocasiones enriquecían a estos falsos profetas. El Señor les advirtió muchas veces a los Israelitas, de no caer en ese tipo de engaños, como en **Deuteronomio 18:9 al 14**, y siempre procuró la libertad de Su pueblo, no solo al sacarlos del poder de Egipto, sino al ordenarles que

no se juntaran con naciones paganas y que no se dejaran influenciar por sus culturas y sus creencias.

Lamentablemente hoy, la Iglesia está siendo penetrada por las influencias malignas de este mundo. No solo a través de falsos ministros que han penetrado la Iglesia para engañar a muchos hermanos, sino también a través de la cultura, por medio de la cual, extiende verdaderos velos mágicos sobre los hijos de Dios.

Como maestro puedo decir, que la falta de revelación en los hermanos, es una clara evidencia de la operación de las tinieblas. Los velos extendidos en el alma a través de la apertura que los cristianos están otorgando al sistema, están haciendo verdaderos estragos en el pueblo de Dios.

Yo siempre digo que la Iglesia debe funcionar por revelación y no por imposición. Durante muchos años la religiosidad y el legalismo extendieron su velo de control, pero a través de los cambios en la sociedad, comprendieron que ese diseño ya no funcionaba, por lo tanto, llegó el engaño de llamar libertad al libertinaje. El mensaje de lo relativo nos hizo pendular hacia otros extremos, y muchos han perdido su equilibrio espiritual.

Líderes de influencia, mega iglesias y famosos predicadores, han aprovechado la confianza recibida para manipular a miles de cristianos, que influenciados por la

cultura del sistema actual, se dejan llevar como niños hipnotizados. No están utilizando el discernimiento espiritual, para avanzar o detenerse según Dios, y al final terminan sometidos por el enemigo.

La operación de las tinieblas se realiza en el ámbito espiritual, pero busca la afectación del alma, porque saben que el espíritu de los cristianos se mantiene en comunión con el Espíritu Santo, y ellos no pueden acceder como quisieran. Es entonces que extienden velos en el alma, donde pueden afectar a la vieja naturaleza que siempre está luchando por sobrevivir.

Si los cristianos permanecieran guardando una profunda y sensible comunión con el Espíritu Santo, no caerían bajo ningún engaño, pero al ser superficiales con Dios, no logran diferenciar las intenciones y terminan atrapados en su alma. Si deseamos vivir Reino, debemos extremar nuestra comunión con el Señor, no por una cuestión religiosa, sino con un propósito espiritual.

“Y los mercaderes de la tierra lloran y hacen lamentación sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías; mercadería de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino fino, de púrpura, de seda, de escarlata, de toda madera olorosa, de todo objeto de marfil, de todo objeto de madera preciosa, de cobre, de hierro y de mármol; y canela, especias aromáticas, incienso, mirra,

olíbano, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias, ovejas, caballos y carros, y esclavos, almas de hombres”

Apocalipsis 18:11 al 13

Este pasaje de apocalipsis, nos muestra la destrucción completa de Babilonia, nombre metafórico que emplea Juan para referirse al poder mundial del maligno, tanto religioso, como comercial, político y todo lo que este sistema representa. Bien podríamos encerrar sus operaciones a través del cerco que produce la cultura, que en el caso del sistema babilónico, siempre ha estado impregnada de un pensamiento anti Reino de Dios.

Todo lo que vemos, escuchamos y palpamos desde la cultura actual, está bautizado bajo la esencia de las ideas satánicas. El humanismo ha sido tan afectado por eso, que cada vez huele más a tinieblas. Los valores inculcados por el cristianismo durante siglos, están siendo avasallados por la agenda globalista que avanza abriendo camino al anticristo.

Los hijos de Dios, vivimos dentro del sistema, aunque no pertenezcamos a él. No debería haber problemas por ello, porque la iglesia es un diseño divino, creado para funcionar en el mundo y no sobre las nubes. La complicación no proviene de su diseño, sino de la falta de responsabilidad y cuidado que están teniendo muchos hermanos.

Es decir, si somos como José en Egipto, o como Daniel en Babilonia, no hay problema, la complicación viene cuando no comprendemos el compromiso de vivir en Cristo y queremos penetrar el sistema sin unción. Es decir, no hay problema con mezclarnos con la sociedad actual, es ahí donde debemos ser luz, el problema es hacerlo sin presencia de Dios, que es lo único que puede hacernos inmunes a las influencias del mal.

Entonces, tenemos hermanos que no se comprometen con la Iglesia, que no procuran una profunda comunión con el Espíritu Santo, pero se atreven a representar a Jesús bajo el título que en Su tiempo, el pueblo le había otorgado, el de “Amigo de pecadores”.

Lo que hizo Jesús fue maravilloso, porque expresó a Emanuel, que significa “Dios con nosotros”, pero Él aclaró muy bien que encaraba el proyecto equipado correctamente para no fallar, por eso dijo: ***“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor”*** (Lucas 4:18 y 19).

Jesús no encaró la sociedad como un simple creyente, que en sus días libres participaba de alguna reunión de culto. No lo hizo como alguien que en ocasiones oraba y algunas

mañanas se leía un par de versículos. Lo hizo como el ungido de Dios, como el Verbo encarnado, lo hizo en una profunda comunión con el Padre y bajo la permanente dirección del Espíritu Santo. Él nos indicó las formas, pero tomar Su ejemplo y ejecutarlo es nuestra responsabilidad.

Cuando hoy en día, veo a un cristiano, queriendo ser luz sin unción, ciertamente me agarro la cabeza, porque yo sé el desastre que se le avecina. El enemigo no tiene problema con ellos, simplemente los envuelve con sus velos mágicos, los atrapa con el sistema y les quita toda efectividad. Si persisten en hablar del evangelio, los termina golpeando para que flaqueen aún más en su fe y los vuelve inútiles para el propósito Divino.

Hay hermanos que llegan a pensar, que los pastores, les insistimos en su compromiso con Dios, para una especie de provecho personal, pero no es así. Quienes trabajamos para Dios con limpia consciencia, solo estamos tratando de introducirlos en la unción. Yo no creo en el activismo evangélico, creo en el compromiso de búsqueda que debemos sostener, para llegar a ser verdaderamente profundos en la comunión del Señor.

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”.

1 Corintios 2:14

Este pasaje nos muestra que el hombre natural, es decir aquellos que no son regenerados por la gracia, y no cuentan con la iluminación del Espíritu Santo, no pueden comprender la voluntad de Dios, están espiritualmente incapacitados para la revelación. Pero además, aquí podemos encontrar una clara advertencia para nosotros, porque si no hacemos todo bajo la dependencia del Espíritu Santo, vamos a terminar obrando sin el entendimiento de Su voluntad.

Los cristianos superficiales, esos que practican la fe si les sobra tiempo, pueden conocer la Biblia y decir que creen, pero la falta de unción que opera en ellos, los tiene como personas más naturales que espirituales. Ellos creen que ya están listos y que pueden penetrar el sistema, pero no es así. Jesús después de la resurrección, sopló el Espíritu Santo sobre sus discípulos, sin embargo, en **Hechos 1:4**, les dijo que esperaran, que no se movieran hasta que no fueran vestidos con poder de lo alto (**Hechos 1:8**).

La versión de la Biblia Latinoamericana, traduce una expresión de Pablo de la siguiente manera: *“El que se queda al nivel de la psicología no acepta las cosas del Espíritu. Para él son tonterías y no las puede apreciar, pues se necesita una experiencia espiritual”* (1 Corintios 2:14). La versión Recobro, dice que el hombre anímico no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, y la versión Peshitta dice que el hombre que está en el alma no acepta las cosas espirituales...

No hay duda que el alma no debe ocupar el trono de gobierno en nuestras vidas. La fe del Reino solo puede ser vivida por el espíritu y no por el alma. Sin unción, no deberíamos tener pretensiones de conquista, en un sistema tan perverso y tan diabólico como el que hoy estamos viviendo. Si no operamos con la sabiduría espiritual, lo estaremos haciendo con la sabiduría natural, y créanme que esa sabiduría es inoperante para el Reino.

“Porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica”.

Santiago 3:15

Curiosamente la Nueva versión Internacional dice así: ***“Ésa no es la sabiduría que desciende del cielo, sino que es terrenal, puramente humana y diabólica...”*** Es decir, según la versión Reina Valera dice que hay una sabiduría que es terrenal, animal y diabólica, y según la NVI, que hay una sabiduría que es terrenal, puramente humana y diabólica.

Me llamó mucho la atención esa diferencia y traté de buscar en el original, para comprender el porqué de esa diferencia de traducción, porque no es lo mismo animal que humana ¿Verdad? Bueno, descubrí que la palabra original en el griego es ***“Psujikós”***, para ambas versiones, y esta palabra significa: Naturaleza más baja, bestial, animal, natural, sensual. Viene del sustantivo griego ***“Psujé”*** que significa

natural, puramente humana, racional, persona, ser, vida, alma, ánimo, o corazón.

En definitiva, ambas versiones están bien, la diferencia se produce por la amplitud del término, pero es destacable que la sabiduría intelectual de las personas, carece del componente divino. No es capaz, bajo ningún punto de vista, de generar revelación espiritual. Esa asignación solo pertenece al Espíritu Santo, quién ilumina nuestro espíritu y corre los velos del alma, para que podamos recibir revelación de la Palabra, o de la voluntad específica de Dios para determinados casos.

Cuando un cristiano no permite ese fluir del Espíritu Santo, por causa de su falta de comunión verdadera, simplemente se vuelve almático en sus resoluciones y eso lo termina atrapando en la red de corrupción que ha tendido el enemigo a través del sistema.

Si alguien me pregunta ¿Cómo maximizar nuestra comunión con Dios? Simplemente le diría que es una cuestión de tiempo, no de cosas que podamos hacer. Si estamos dispuestos a esperar como planteó Jesús. Si estamos dispuestos a llamar nuestra alma a la quietud, al silencio, a la entrega de nuestro ser, ciertamente seremos alcanzados por Su presencia.

Hay quienes piensan que hay poder en la oración, en la Palabra o en la Alabanza, pero déjenme decirles que nada de eso tiene poder en sí mismo. Mucha gente ora y no logra nada, muchos estudian la Biblia y no logran nada, muchos pueden cantar, pero no hay poder en esas cosas, el poder está en Su presencia. Cuando somos tocados por Su presencia, todo eso cobra verdadero sentido.

En la oración, no es lo mucho que hablemos, sino ser tocados por Él. En el estudio de la Palabra, podemos llenarnos de información, pero solo cuando somos tocados por Él, obtenemos revelación verdadera. En la alabanza cantamos, pero solo cuando somos tocados por Su presencia adoramos de verdad. Esto es aplicable a todas las cosas que hacemos como hijos de Dios.

Ofrendar sin presencia es dar dinero, evangelizar sin presencia es hablar, pretender ser embajadores del Reino sin unción, es terminar como esclavos bajo los velos mágicos del sistema. Hay demasiados cristianos que dicen no ser religiosos, que dicen amar a Dios y ciertamente es así, lamentablemente la falta de unción en ellos, los convierte en simples esclavos del sistema que siguen declarando ser libres.

Cuando la familia de Jacob entró a Egipto, lo hicieron como personas libres. El sistema nunca los marcó oficialmente como esclavos, pero al ver que se multiplicaban

los fue sometiendo, y cuando se quisieron dar cuenta, ciertamente ya eran esclavos. Es como la conocida historia de la ranita en el agua que se va calentando lentamente, cuando quiere reaccionar ya está cocinada.

El gobierno que el alma pretende, es un gobierno corrupto, que se vende al mejor postor, que guarda principios fácilmente negociables, porque no tiene revelación alguna. Es un gobierno que se doblga ante la adversidad y que no sabe reconocer ni recibir ayuda de sus autoridades espirituales, pues aunque carece de revelación, se cree que lo sabe todo, y al final, solo termina bajo la influencia de los velos del sistema.

Solo en la unción de Dios, estaremos anclados en la verdad, solo así, los temporales del sistema no serán capaces de hacernos naufragar. Hay demasiados hijos de Dios perdidos en el mar del sistema. Necesitamos asirnos de la Palabra y eso solo lo produce la revelación a través de una profunda y sincera comunión con el Espíritu Santo. El autor a los hebreos escribió:

“Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros.

La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”.

Hebreos 6:17 al 20

Comprender que es imposible que Dios mienta, y que eso, sin la revelación del Espíritu, no puede ser comprendido por nuestra alma, es clave para nuestra enseñanza, porque nuestra alma es el vivo reflejo de la inseguridad y muchas cosas que deberíamos conseguir con el Señor, no las hemos logrado por dejar que el alma nos hable de sus dudas y temores.

La esperanza en la verdad, es nuestra ancla del alma. Un pequeño barco con un buen ancla, por más bravo y tormentoso que se encuentre el mar, estará firme y seguro. Por más que las olas pretendan arrastrarlo a las profundidades o a lugares indeseables, si tiene un ancla que sea sólida y de buen tamaño, se quedará en puerto seguro. Nuestra alma no es capaz de navegar por las tormentosas aguas del sistema presente, y mucho menos sobre lo que está por venir.

Ahora veamos atentamente esto: La esperanza, según el diccionario es un estado anímico (alma o ánima), donde se presenta como posible lo que deseamos. Claro, para la gente sin Dios, la esperanza es un estado del alma, como no va a

poner sus velos el enemigo, si los estados anímicos, suelen ser más tormentosos que el mismo océano Atlántico.

En el Reino, la esperanza no es un estado anímico, la esperanza de la que habla el autor a los hebreos, es una persona llamada Jesucristo. Dios no nos propone sostenernos en la fe desde nuestros estados anímicos, sino desde la revelación de Su persona. Leamos atentamente estos pasajes:

“A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”

Colosenses 1:27

“Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza”

1 Timoteo 1:1

Nuestra esperanza no es un estado del alma, es una persona que está detrás del velo y que nos mantiene asidos del Padre, no solo para salvación, sino también para el cumplimiento de cada una de las promesas que el Padre nos ha hecho. Ese velo es quitado por la gracia de poder acercarnos a Él, en la íntima comunión del Espíritu.

Cuando no hacemos eso, cuando pretendemos penetrar el sistema como evangélicos tibios, los velos los pondrá el sistema, y entonces sí, terminaremos naufragando en las

turbias aguas del mundo. Por algo Jesús recordó lo que también estaba escrito en **Deuteronomio 10:12**:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

Este es el principal mandamiento...”

Marcos 12:30



Capítulo seis

EL ENEMIGO DE CARNE Y HUESO

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”.

Gálatas 5:16 al 18

Desde nuestra conversión, hay dos naturalezas operando en nuestras vidas. Una es la naturaleza pecaminosa, mencionada como la carne, la cual es la naturaleza del viejo Adán; y la otra es la vida espiritual, que es la vida de regeneración recibida por la gracia del Señor, esta última contiene la esencia del Nuevo Hombre que es Cristo.

De todas maneras, y a pesar de las dificultades que podamos sufrir, el hecho de que experimentemos conflictos internos y sentimientos adversos, nos garantiza que

realmente hemos recibido la regeneración, porque una persona sin nueva vida, no padece conflictos internos entre la voluntad de Dios y la suya, simplemente hace lo que bien le parece y punto.

El apóstol Pablo llama a nuestro lado carnal, como la vieja naturaleza y menciona sus frutos, como las obras de la carne (**Gálatas 5:19**). Pablo también describe claramente el conflicto que existe entre la nueva y la vieja naturaleza, en el capítulo siete y ocho del libro de romanos, valiéndose de su propia experiencia. El apóstol describe como se produce el conflicto, y como analizaremos, también nos deja algunos lineamientos para seguir, de modo que podamos alcanzar la victoria.

La palabra carne, deriva del término griego: “*Sárx*”, que se refiere, a la parte externa y visible del ser creado. Bíblicamente implica la naturaleza humana con sus debilidades físicas, pero también incluye las morales, así como también las pasiones desordenadas. Es por definición en sí misma, lo opuesto al espíritu.

Como aclaré aun en la introducción, la idea es separar los elementos de nuestro ser, para obtener más luz respecto de cómo funcionamos, pero todos están entrelazados por la vida misma. Es por eso que la Biblia hace referencia a la carne, como un elemento fusionado con el alma y el corazón.

La carne es identificada, como la que reclama permanentemente por sus impulsos y deseos. La palabra “impulso”, se define como poner ciertas apetencias por sobre todo, es como un arrebato de autoridad para tomar posesión de algo que se desea. La palabra “deseo”, deriva del término griego “*Epidsuméo*”, cuyos sinónimos en las diferentes traducciones de la Biblia pueden ser: Codiciar, ansiar, o anhelar.

Cuando Pablo dice que el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, está definiendo los conflictos internos, como una lucha que todos debemos sobrellevar (**Gálatas 5:17**). La naturaleza pecaminosa, se opone a través de su misma esencia a lo que proviene del Espíritu, es decir que no es una lucha ocasional, producida por algunos desacuerdos, sino que es una lucha de dos naturalezas que se oponen de manera irreconciliable.

Una de las misiones del Espíritu Santo en nosotros, es evitar que la carne o la naturaleza pecaminosa, asuma el control de nuestra vida. De hecho, el apóstol Santiago lo describe así: “*el Espíritu nos anhela celosamente...*” (**Santiago 4:5**). Sin embargo, tanto la vieja naturaleza como la nueva naturaleza son enemigas la una de la otra. Ambas naturalezas existen en nosotros simultáneamente y luchan por ganar gobierno.

Esto genera constantes conflictos internos, tal como Ismael, resultado de la carne, atacaba a Isaac resultado del Espíritu, o cuando Esaú, representando lo que Dios aborrecía, quiso matar a Jacob, aquel a quién Dios había escogido. Recordemos que estos se peleaban aun dentro del vientre de Rebeca, tal como ocurre dentro de nuestro ser. Lo mismo ocurrió cuando Saúl atacaba a David, quién había sido escogido por Dios y había llegado para ocupar su lugar de gobierno. Siempre ha prevalecido la figura de la vida espiritual, pero sin duda, las batallas han sido difíciles en gran manera.

Tanto las figuras bíblicas, como la realidad espiritual, presentan una clara oposición, entre la vieja naturaleza que es nacida de la carne, en la cual no mora el bien (**Romanos 7:18**), y la nueva naturaleza procedente de Dios, en la cual no mora el pecado (**1 Juan 3:9**). Estas dos naturalezas difieren por completo, y se oponen entre sí.

Nuestra naturaleza carnal, es la esencia que hemos asumido desde nuestra niñez, por lo cual está profundamente arraigada en nosotros, de tal manera que llegamos a ser conscientes de ella con toda naturalidad. Cuando somos alcanzados por la gracia, requerimos de un tiempo bastante prolongado para que, en nuestra experiencia espiritual madurativa, detectemos el egoísmo y la maldad de nuestra vieja naturaleza. Luego comenzamos los procesos de

negación y anulación de la misma, por medio del poder del Espíritu Santo.

En muchos casos es posible, que la carne y la naturaleza pecaminosa lleguen a ser tan fuertes, que en los primeros años de cristianos, podamos sentir reprimido el fluir de nuestra vida santa, y luego eso debe ir cambiando por causa de la madurez espiritual que vamos alcanzando. Lamentablemente, he visto que en muchos casos, esto se revierte, y algunos cristianos, llegan a ser más entregados y fructíferos de recién convertidos, que al pasar varios años. Por supuesto, esto es ilógico y no debería ser así.

El motivo de tal situación, se genera cuando las personas, en lugar de profundizar en su comunión con Dios, y en su compromiso con la Iglesia, se vuelven tibios, apáticos y desinteresados. La vida espiritual intensa, recibida en el conocimiento del Señor, se les va apagando poco a poco. Sus deseos cambian, y la mente se va entenebreciendo, de manera que comienzan a ver en la obra, todo tipo de deficiencias que antes no notaban, por lo cual, se comienzan a sentir desconformes, al grado en que muchos de ellos, llegan a apartarse definitivamente.

Otros continúan congregándose, pero pierden la intensidad de las experiencias espirituales con Dios, y dejan de sentir lo que antes sentían. Lamentablemente muchos de estos hermanos, se manejan más por esas percepciones, que

por la verdad que deben asumir. La carne es muy perseverante y a pesar que digamos que la carne es débil, ciertamente solo lo es para el pecado, pero no para su resistencia contra la vida espiritual.

En tales casos, los conflictos internos producidos por la vieja naturaleza y los deseos de la carne, producen algunas pérdidas como las que Pablo describe en **Romanos 7:18 al 20**: *“Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí...”*

La sinceridad del apóstol, no solo nos abre el entendimiento respecto de los conflictos internos, sino que nos permite comprender que eso no es algo que experimentan solo algunos, ya que esa es la sensación que recibimos todos los que fallamos en algún deseo o acción indebida. Pensamos mal de nosotros mismos, nos descalificamos, nos sentimos inadecuados, y creemos que le fallamos a Dios. Sin embargo, como siempre le digo a mis hermanos, nosotros no le fallamos a Dios, nosotros nacimos fallados.

Asumir tal cosa es muy bueno, porque nos quita toda confianza en nosotros mismos, y nos enfoca en Aquel que hace posible todas las cosas. El evangelio no se vive con nuestras fuerzas o capacidades, sino en la misma gracia del

Señor. Nosotros no entramos al Reino por decisión personal, sino por muerte y resurrección. Procurar vivirlo desde nuestra vieja naturaleza es un absurdo que solo nos dejará en la vereda del fracaso y la frustración.

Es muy duro, sentir internamente que nuestro espíritu se deleita en la voluntad de Dios, a la misma vez que terminamos haciendo lo contrario. El mismo apóstol Pablo escribió: ***“Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”*** (Romanos 7:21 al 23).

Todos vivimos la experiencia de terminar haciendo aquello que claramente decimos repudiar. Cuando lo intentamos con nuestras fuerzas, no somos capaces de hacer aquello que quisiéramos, y sabiendo que nuestra nueva naturaleza es santa, nos sentimos profundamente arrepentidos y clamamos por la sangre de Cristo. Luego no queremos ofender a Dios, y no sabemos cuántas veces fallaremos o si hay una cierta cantidad de oportunidades.

En realidad, sin buscar ocasión, y sin pretender pecar, es lógico que estas cosas nos ocurran, pero solo son la evidencia de nuestra regeneración. Sencillamente, si no sintiéramos ningún tipo de convicción, sería por falta de vida

espiritual. El Señor no busca condenarnos con ese sentir, sino conducirnos a la dependencia de Su Espíritu. Cuando no comprendemos ese mensaje, lo seguimos intentando con nuestras fuerzas, pero ese no es el diseño del Reino.

El Señor jamás pondría su esperanza en nuestras fuerzas o capacidades. La fidelidad que pretende de nosotros, está basada en la dependencia de Él, no en nuestras eficiencias. Quienes logran descubrir cómo funciona el poder de Dios, comienzan a descansar en Su gracia. No porque logran sentirse bien aunque hayan fallado, sino porque dejan de hacerlo cuando el Señor interviene poniendo soberanamente un nuevo querer y un hacer diferente (**Filipenses 2:13**).

Pablo no solo nos relata sus frustraciones y su empatía al escribir: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?...*” Él nos plantea su problema para abrirnos la puerta de acceso al único que puede resolver el conflicto definitivamente, porque termina respondiendo la pregunta que él mismo generó: “*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, más con la carne a la ley del pecado*” (**Romanos 7:25**).

Pablo no está agradeciendo a Dios por Jesucristo, asumiendo la salvación y aceptando su rendición a la carne. Él está agradeciendo por causa de poder identificar

claramente su conflicto y entender que estaba resuelto en Cristo. Pablo se dio cuenta, que tanto el pecado como la santidad, en el Reino, son una cuestión de legalidad no de sentimientos humanos, por lo cual, la revelación mata la frustración.

La victoria contra los deseos de la carne, no está en que rasguemos nuestras vestiduras, una y otra vez. Lo que necesitamos es comprender como funcionan las leyes que producen o cancelan derechos. Por eso el apóstol escribió: ***“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:2).***

Notemos que es ley contra ley, nada tienen que ver las emociones con esto. Hay hermanos que pretenden enfrentar la vida cristiana desde lo que sienten, lo que quieren y lo que deben hacer, pero en realidad, si persisten en eso, solo terminarán fracasando, porque no se trata de nosotros o de la ayuda de Dios, se trata de legalidad espiritual.

Hay algunos que fracasan y luego le preguntan a Dios con todo dolor: ¿Señor si Tú me amas, porque no me ayudas a vencer el pecado? En realidad, Él ya realizó todos los trámites necesarios, y la fe es el medio para gestionar la victoria. No es la ayuda de Dios, es la obra de Dios. No hay una porción de gloria para nosotros al vencer el pecado, solo hay gloria para el hacedor de todas las cosas.

El suceso del Calvario, produjo el trámite consumado desde la legalidad. El Padre hizo justicia y la crucifixión fue la pena cumplida. La resurrección nos trajo una vida nueva, libre de la ley, porque una vez que la ley fue cumplida, ya no puede juzgar dos veces el mismo hecho. Nosotros ya fuimos condenados y crucificados en Cristo, ya no hay condenación para los que estamos en Él (**Romanos 8:1**).

La vida del Espíritu Santo en nosotros, produce la fructificación en los procesos diarios. Al igual que Pablo, debemos estar persuadidos de que el que comenzó en nosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo (**Filipenses 1:6**). Dios no dejó el balón en el área chica y nosotros debemos hacer el gol para salvarnos. Él es el hacedor de todo, y el único digno de toda gloria y toda honra.

Una ley nos condenó y nos mató, otra ley nos dio vida para caminar en victoria. La primera fue la ley del pecado, y la segunda es la ley del Espíritu de vida en Cristo (**Romanos 8:2**). Reitero, ya no hay condenación para los que estamos en Cristo (**Romanos 8:1**). Lo que debemos hacer ahora, es comprender que una profunda comunión con el Señor, nos da acceso para que Él nos haga aptos en toda obra buena, para que hagamos Su voluntad, haciendo Él en nosotros lo que es agradable delante de Él por Jesucristo, al cual debe ser la gloria por los siglos de los siglos (**Hebreos 13:21**).

Ahora bien, esto es fabuloso, pero en la práctica, muchos no logran gestionar esta verdad espiritual. Por lo tanto veamos como Pablo describe dichas situaciones:

“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios”.

Gálatas 5:19 al 21

Cuando Pablo habla del fruto, no podemos más que imaginar algo que se hace evidente a los ojos de todos, es algo que indudablemente germinó por dentro, tal como la semilla que cae a tierra y luego de abrirse en secreto, dejó de esconderse, manifestando su tallo, sus hojas, sus flores y finalmente su fruto.

Las obras de la carne, se manifiestan desde nuestro ser, podemos pensar que simplemente es algo superficial, pero en realidad, es algo gestado en nuestro interior. Cuando somos hijos de Dios, y portamos una vida nueva, no estamos exentos de que nuestra carne nos demande ser complacida. Si nos descuidamos en esto, y cedemos a la carne, el control que solo el Espíritu Santo debe tener, seguramente terminaremos pecando.

La pureza de nuestro corazón, solo depende de la fe que tengamos en la obra de Cristo, realizada por nosotros y en nosotros. Si pensamos corregir los malos hábitos con esfuerzo propio, solo vamos a tropezar tarde o temprano en nuestra misma debilidad. Pero si confiamos en el Señor, el hará posible, lo que para nosotros es imposible.

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.”

Gálatas 5:1

Si nos han enseñado la verdad de la gracia de manera completa y correcta, viviremos en la fe del Reino. Conocer la verdad nos hace libres, pero conocer la Biblia mal interpretada puede que no. Muchos pastores parecen enseñar la santidad como algo que deben lograr los hermanos, y eso solo es Antiguo Pacto. Es decir, durante la vigencia de la ley de Moisés la santidad era demandada por el Señor (**Levítico 19:2**), pero no era otorgada ninguna virtud, por lo cual, solo quedaba la evidencia de la incapacidad de los creyentes, y como resultado final, la muerte producida por el pecado.

En el Nuevo Pacto, el concepto vuelve a repetirse: ***“Sed santos, porque yo soy santo...”*** (1 Pedro 1:16). Sin embargo, las diferencias son absolutas, porque la santidad es concedida por la gracia. Nosotros no debemos hacer obras para ser santos, nosotros somos santos, y por tal motivo

haremos obras conforme a esa naturaleza recibida por la gracia.

Cuando los hermanos no son instruidos para fluir en lo que son, tratarán de producir la santidad presionando a la vieja naturaleza para que se comporte como santa. En realidad, eso es lo que hace la religión, por eso nunca es efectiva. Una naturaleza de pecado no puede producir santidad, eso es anti natural. Es como que una leona produjera como fructificación a unos perritos.

“Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos”.

Mateo 7:17 y 18

Aquí no dice que el árbol se niega a producir buen fruto por causa de su rebeldía, dice que no puede producir buen fruto, porque en su naturaleza es malo. Lo mismo ocurre con el pecador, no le podemos demandar santidad. Igualmente con los santos, ya que por naturaleza no deseamos pecar.

“Ninguno que es nacido de Dios practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios”.

1 Juan 3:9

La pecaminosidad de la vieja naturaleza y la santidad de la nueva vida, generan ineludiblemente muchos conflictos internos. La cruz y el Espíritu Santo conforman la única manera en la que podemos vencer la naturaleza pecaminosa. Cualquier otro método basado en la determinación y los esfuerzos personales, está destinado al fracaso, y no es grato a los ojos de Dios.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Gálatas 2:20



Capítulo siete

LOS ENGAÑOS DE LA MENTE

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Romanos 12:2

La mente es el nombre más común dado al fenómeno emergente que es responsable del entendimiento, la capacidad de crear pensamientos, la creatividad, el aprendizaje, el raciocinio, la percepción, la emoción, la memoria, la imaginación, la voluntad, y otras tantas habilidades cognitivas.

La mente nos proporciona el entendimiento y nos permite el aprendizaje, el razonamiento, el poder calificar y canalizar emociones percibidas. La mente logra formar una memoria de lo vivido pudiendo generar nuestras propias

conclusiones y nos permite imaginar situaciones de nuestra voluntad.

Nuestra mente funciona reaccionando por causas externas que nos estimulan a través de los sentidos, respondiendo a todo lo que vemos, escuchamos, olemos o tocamos, es decir, ante cada acción, ante toda experiencia sensorial, nuestra mente evalúa, concluye, reacciona, decide, etc.

Nuestra mente también funciona a través de los pensamientos inconscientes, aquellos que no tenemos presentes, pero que sin embargo son claves para producir, personalidad, carácter, emociones, temple, carisma y otras cualidades fundamentales para una vida exitosa. Características que en su gran mayoría no son forjadas de manera conscientes, sino a través de un cumulo de informaciones y experiencias que nuestra mente procesa de manera especial.

¿Cerebro y mente son lo mismo? La respuesta es no. Una cosa es el cerebro, el encéfalo, y otra la mente. Así, ésta última no es el cerebro, sino la interacción entre el cerebro y el medio. La mente es una función del cerebro y es todo lo que hace el cerebro. Dios no nos enseña que debemos cambiar el cerebro, pero indudablemente nos lleva a un verdadero cambio de mentalidad.

Dentro de nuestra cabeza hay una conciencia personal e interior, la cual es un ser que observa. Este ser, con todas sus emociones y sensaciones, es la mente. La neurociencia aun no puede explicar exactamente como ocurre esto, como una mente que no es algo material se manifiesta a partir de una función biológica, es decir, como una máquina llamada cerebro puede de repente volverse conciencia animada.

Mucha gente cree que el cerebro y la mente son lo mismo, pero en realidad, la mente es el cerebro en acción. El cerebro es una colección de estructuras físicas que colectan y procesan información sensorial, cognitiva y emocional. La mente, es el fenómeno de los pensamientos, memorias y emociones, las cuales nacen del proceso del cerebro.

Lo que la ciencia sí puede demostrar, es que no hay forma en que la mente exista sin el resultado de la función neurológica del cerebro. Sin la habilidad del cerebro de procesar diferentes tipos de información de manera altamente sofisticada, los pensamientos y las emociones que son parte de la mente simplemente no podrían existir.

Es tan extraordinaria la fusión de la vida y el cuerpo que la existencia de un solo pensamiento requiere la interacción compleja de millones de neuronas. Para separar la mente del cerebro, sería necesario pensar que cada neurona es algo distinto a su función, lo cual es como tratar de separar agua del mar de la ola de un océano.

Si todos tenemos un cerebro y a través de él, nuestra mente elabora ideas que pueden comandar nuestras acciones que, a su vez, producirán resultados en nuestras vidas, tanto buenos como malos, podríamos decir sin equivocarnos, que la capacidad de elaborar ideas correctas, producirá acciones correctas, que darán resultados positivos para que nuestra vida sea mejor.

En otras palabras, nuestra manera de pensar, será determinante para producir una manera de vivir. Esto es grandioso, pero también nos desafía a evaluar nuestro pasado. Si nuestra vida, en gran medida, es el resultado de nuestra manera de pensar, todo lo vivido, nos tiene más como responsables, que como víctimas del pasado.

Asumiendo esto, estaremos en condiciones de interpretar correctamente algunos conflictos internos, de los cuales, la mente toma absoluto protagonismo. En el pasaje que cité al principio de este capítulo, vemos que el apóstol Pablo escribió que nos era necesario, no amoldarnos al mundo actual, sino que debemos ser transformados mediante la renovación de nuestra mente, porque esa es la forma en la cual, podremos comprobar cuál es la voluntad de Dios (**Romanos 12:2**).

El Señor desea que ante todas las cosas podamos adquirir Su manera de pensar y nos asegura que Su sabiduría, producirá en nuestra vida multitud de beneficios (**Proverbios**

4:5 al 9). Cuando el Señor nos habla de la importancia de obtener sabiduría, no se refiere al solo hecho de obtener conocimiento, sino al poder de procesar correctamente ese conocimiento por medio de la intuición espiritual y una mente al servicio del Espíritu, llegando así, al entendimiento de su perfecta voluntad.

Pues está escrito:

*“Destruiré la sabiduría de los sabios,
Y desecharé el entendimiento de los entendidos.*

¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba?

¿Dónde está el disputador de este siglo?

¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?

*Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció
a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los
creyentes por la locura de la predicación”*

1 Corintios 1:19 al 21

De manera irónica, Pablo pregunta por los sabios, los escribas y aquellos filósofos judíos y griegos tan reconocidos en su tiempo, que acostumbraban a realizar profundos debates y análisis de la vida y de Dios mismo. Sin duda, esta palabra de Pablo hoy, es totalmente vigente. El mundo está como está, por seres humanos que supuestamente han desarrollado su capacidad intelectual, más que nunca antes en la historia, sin embargo y a pesar del extraordinario desarrollo de la ciencia, estamos cada vez peor.

La sabiduría y la inteligencia de los supuestos sabios en la época de Pablo, había sido trastornada por Dios; porque, aunque hablaban mucho de Dios, de la vida y de la eternidad, no sabían nada de la verdad. Hoy, la sabiduría humana se encuentra en su mayor estado de avance tecnológico y científico, a la par que esta impregnada más que nunca de la estupidez mental.

Hoy se habla de libertad, pero hay más cautividad que nunca, se habla de valores pero la degradación de los mismos no tiene precedentes. Hace pocos días estuve en Francia, y me enteré que si alguien mata una rata, la sociedad protectora de animales, le puede cobrar una multa de cincuenta mil euros, pero si alguien quiere realizarse un aborto, el gobierno le ayuda a pagarlo.

Hoy se habla más que nunca de preservar el medio ambiente y se están destruyendo los bosques, matando la fauna salvaje y contaminando el planeta más que nunca. Hechos que han llegado a un estado de obscenidad absoluta, a la par que se reclaman derechos que la misma sociedad pisotea. Hoy la ciencia ha aumentado de manera tremenda, pero la educación de los individuos es cada vez peor, mejoran los móviles y las computadoras, pero las familias están cada vez más oprimidas.

El hombre no fue creado para gobernarse a sí mismo, sino para ser gobernado por Dios. Dios no nos obliga a pensar

como El y lo demostró en el Edén, pero sí, nos da las herramientas y la posibilidad de hacerlo. Dios mandó a la humanidad lo que debía hacer para beneficiarse, pero la desobediencia es pecado y canceló la comunión, introdujo la muerte y provocó la destrucción. Ese conflicto global, con los siglos se ha agravado, y es la evidencia que los seres humanos, sin excepción, portamos internamente el mismo conflicto, que aquel día se produjo en el Edén.

El cerebro humano puede ser el mismo que el del principio, incluso sin aceptar un concepto evolucionista, no podemos negar, el desarrollo y las capacidades a través del avance generacional, sin embargo la mente es la verdadera expresión del hombre y cuando el corazón está en tinieblas, la mente elaborará pensamientos oscuros. Sin embargo, cuando la vida de Dios, es impartida a nuestros corazones, la luz se hace presente y es entonces cuando podemos desarrollar una mente de Reino.

Cuando nacemos, lo hacemos con una mente virgen, una mente que no tiene cargado ningún tipo de información intelectual. El cuerpo funciona bajo estímulos cerebrales, por lo cual la mente de un niño que nace, ya funciona enviando ordenes al cuerpo de manera natural. Esas funciones no son enseñadas, sino que son parte de la vida misma, y se producen como si fueran reflejos naturales.

Sin embargo, los conceptos que tienen que ver con el desarrollo de la vida física e intelectual, tendrán que ser impartidos. Dicha impartición es conocida como enseñanzas. Los padres, desde que el niño es muy pequeño, comienza a enseñar o estimular sus sentidos para que aprenda a expresarse y comunicarse de manera efectiva.

El niño asimila poco a poco dichas enseñanzas y va activando sus capacidades, pero esto no siempre se produce en los ambientes adecuados. Es maravilloso que un niño pueda crecer en un ambiente de amor, de paz y de luz, sin embargo, esto no siempre es así y los ambientes, no son ajenos a las enseñanzas impartidas.

Los ambientes son formadores mentales, tanto para bien, como para mal, pero nunca serán indiferentes a las enseñanzas recibidas. Un niño que crece en un tiempo de guerra, en inseguridad, en hostilidad, en escasez, no puede pensar igual que un niño que creció en una zona de paz, en un ambiente de amor y de abundancia. Sin duda los ambientes determinan una manera de pensar y marcan el rumbo hacia una manera de vivir.

Los niños que crecen, sufriendo en sus hogares, abandono, abuso tanto físico como verbal, son niños que desarrollarán ideas viciadas por la inseguridad, el temor, el rencor o la rebelión. Mientras que un niño que recibe en su hogar contención, seguridad, amor, buen trato y recursos,

será un niño que desarrollará ideas impregnadas de buenos sentimientos.

Hay miles de ejemplos que les podría citar, sin embargo, creo que ya tenemos lo suficiente para asumir, el alto grado de importancia que tiene en la formación mental y sentimental de un niño, el ámbito y las personas que lo críen.

Por otra parte, todos nosotros, crecimos en un ambiente determinado y aunque al pasar el tiempo, asumimos ser de determinada manera, no nos damos cuenta que las situaciones nos formaron así, pero no nacimos así. Somos el resultado de un cumulo de enseñanzas, ejemplos, imparticiones, experiencias y situaciones, tanto buenas como malas.

Cuando un niño crece en un hogar cristiano, su formación puede ser sana, amorosa, luminosa y determinante, por eso el Señor hace tanto hincapié en que formemos a nuestros hijos en la niñez (**Proverbios 22:6**). Sin embargo cuando es criado en un hogar, sin principios cristianos, resulta mucho más difícil resetear la mente para una nueva programación.

En realidad eso es lo que hace el Señor por medio de Su Palabra y el poder del Espíritu Santo. Una vez que alguien se convierte al evangelio del Reino, comienza a derribar argumentos, fortalezas y altiveces, a la vez que renueva el

entendimiento, para poder comprender Su perfecta voluntad y vivir por ella (**2 Corintios 10:4 al 6**).

Como ministro del evangelio y más precisamente como maestro de la Palabra, puedo dar fe, que esta no es una tarea nada sencilla, ya que nos encontramos con diferentes mentalidades formadas por el pasado y es necesario el renunciamiento voluntario de los hermanos, para morir a una vieja manera de pensar y adoptar una nueva.

Si tuviéramos que sembrar un campo, primero deberíamos pasar un arado, limpiando la tierra de toda planta, raíz o yuyo, abriendo surcos para sembrar, por ejemplo, trigo. Esa es la tarea de un sembrador, sin embargo, si tuviera que realizar ese trabajo, en un campo lleno de espinos, de raíces, de piedras, el trabajo se volvería muy difícil, sacrificado y lento.

Jesús enseñó que Su Palabra era como semilla y que nosotros los receptores para recibirla. Él dijo, que solo uno de cada cuatro, era tierra fértil para la siembra de Su Palabra, y que el corazón es el que la recibe. Sin embargo, tenemos en claro que la mente es absolutamente fundamental a la hora de aceptar, procesar y retener las verdades del Reino.

Por eso es tan importante ser conscientes de que debemos entregar nuestro corazón y nuestra mente al servicio del Espíritu Santo, que jamás nos pedirá no pensar o poner nuestra mente en blanco, sino por el contrario, nos pedirá

pensar, meditar, renunciar y abrazar una nueva manera de pensar, para que venga a nuestra vida, una nueva manera de vivir.

La Palabra de Dios, nos enseña sobre algunas mentalidades diferentes producidas por experiencias personales del pasado. Sin duda, esas mentalidades son las que entran en conflicto con la mente de Cristo, en la cual debemos operar.

Por ejemplo, Pablo menciona la mente reprobada (**Romanos 1:28**). La idea básica de reprobación es el de fracasar ante la prueba, desaprobación o rechazo. Cuando se aplica a la relación de la humanidad con Dios, sugiere corrupción moral, falta de aptitud y descalificación. Todo resulta de una carencia de luz y de acciones positivas.

Las personas que caminan en tinieblas sin poner un freno ético, moral o cultural sobre sus acciones, sin duda caerán en una espiral descendente de pecado, y una percepción cada vez más errada de la verdad. Cuando la ignorancia vence la capacidad del entendimiento inteligente, se tiene un corazón cada vez más oscurecido. La persona ansía tener algo que llene su vacío, pero no es capaz de reconocer que solo el Señor puede satisfacer su anhelo, por lo cual comienza a buscar alternativas que llenen su vacío interior y lógicamente, como no puede lograrlo, su condición será cada vez peor.

Deseando llenar el vacío espiritual, las personas buscarán algún ídolo al cual adorar. No será necesariamente una estatua de madera o de oro, sino algo sobre lo cual centrará sus afectos. “Ídolos” son las cosas que ocupan el fervor, el tiempo y la energía de la persona. En la sociedad de hoy, los ídolos del corazón, a menudo toman la forma del dinero, el prestigio, el trabajo, los vicios o las relaciones. El perdido adorador, comienza a abandonarse a los placeres y deseos terrenales. Pero nada puede satisfacer el vacío. Al final, el Señor los entregará a una mente reprobada, una mente incapaz de discernir el bien.

Pablo también menciona la mente entenebrecida (**Efesios 4:17 y 18**). El entendimiento entenebrecido significa estar sin discernimiento de los valores morales; es ser incapaz en determinados momentos, de distinguir entre lo bueno y lo malo.

La palabra entenebrecido en el griego es “*skotizo*” que significa; privar de luz, oscurecer. La mente entenebrecida es aquella que está totalmente escasa del conocimiento de Dios, producto de la falta de iluminación de la palabra. Una de las características de las personas que poseen esta mentalidad es que van perdiendo la vergüenza, se entregan a la inmoralidad, y no se cansan de cometer toda clase de inmundicia. Dice la palabra que estas personas pierden toda sensibilidad, esto quiere decir, que dejan de sentir dolor o incomodidad por el

pecado y por eso, aun disfrutan de estar endurecidos para Dios.

Sin la iluminación del Espíritu de Dios, la senda de las personas con mente entenebrecida, será inevitablemente hacia la frustración. Esencialmente quedan entregados a cosas carentes de valor o a una falsa realidad. Este estado les lleva a la necesidad y a la obstinación, trayendo como resultado el caos total.

Otra de las mentes que se menciona en la carta a Tito, es la mente corrompida (**Tito 1:15 y 16**). El término corrompido significa algo manchado, violado, deshonorado, podrido, pervertido, viciado, seducido y dañado.

La oscuridad interna, sale de la corrupción del corazón de los hombres. La mente se manifiesta corrupta y depravada en las cosas que son naturales, civiles, políticas y morales, por causa de su corrupción en las cosas que son espirituales, celestiales y del Reino. La mente del hombre siendo oscurecida, está incapacitada para ver, recibir, entender el Reino o creer aun para salvación de su alma. Por lo cual, el resto de los conceptos de vida, son recibidos con ciertos grados de distorsión respecto de la verdad. Esa distorsión es lo que la Biblia llama corrupción.

Por más brillante que sea una persona en el desarrollo de su capacidad intelectual, la corrupción de su corazón

afectará de forma contundente su manera de pensar. Por más que se considere sensata y sabia en su análisis de la vida, la corrupción de la verdad afectará sus conclusiones delante de Dios.

Algunos hermanos, incluso ya ministros del evangelio, han permitido que sus mentes se corrompan, al admitir que agentes de ideas religiosas puedan permear sus sanas doctrinas. Eso los convierte en religiosos que piensan que están avanzando en el evangelio, y sin embargo, solo han perdido el rumbo de la verdad espiritual.

Por otra parte, algunos hermanos comienzan a distraerse con muchos pensamientos mundanos y convencidos de que pueden manejarlos fácilmente, terminan cayendo en carnalidad, enfriamiento o muerte espiritual.

Pablo también menciona la mente embotada (**2 Corintios 3:15**). La palabra “Embotado”, en el griego es la palabra “*poroo*” que significa endurecida, cubierta con piel espesa o escamosa, perder el poder de entender, hacer menos efectivo y eficaz algo, debilitar.

El ejemplo que utiliza Pablo para hablar de la mente embotada, es la del pueblo judío y más precisamente, los religiosos o supuestos entendidos en la Palabra. La mente embotada deja de ser efectiva para la revelación, porque pareciera portar un velo que le impide ver con claridad.

Jesús le dijo a Nicodemo que si no nacía de nuevo, no podía ver el Reino (**Juan 3:3**). Sin duda, Nicodemo como maestro de la ley, tenía muy en claro las escrituras, sin embargo la claridad intelectual o el conocimiento de las Escrituras, nada tienen que ver con la verdadera revelación de las mismas.

En ocasiones suelo encontrarme con hermanos que me confiesan no poder entender las Escrituras con profundidad. Son personas inteligentes, incluso bien preparados teológicamente, pero no comprenden los misterios de Dios. Solo viven, analizan o predicán los versículos aprendidos. Son como aquellos que pueden flotar en el mar, pero no pueden sumergirse, por lo cual, pueden analizar el panorama, pero nunca pueden encontrar los tesoros o riquezas escondidas en el fondo.

Pablo también menciona la mente carnal (**Romanos 8:5 al 8**), bajo el mismo término griego que mencioné en el capítulo anterior para referirme a la carne. La palabra griega es: “*sarx*”, que tal como vimos, significa la carne, lo opuesto al espíritu, la naturaleza animal del hombre, y por consiguiente lo opuesto a Dios.

La carne, a través de los sentidos, no solo puede interactuar con el mundo natural, sino demandar los insaciables deseos que la embargan continuamente. Todos, sin excepción somos invadidos por deseos, por eso es tan

importante que extrememos los cuidados de la mente, para no justificar o aprobar dichos deseos que pueden ser destructivos para nuestra comunión con Dios o nuestra vida espiritual.

El gran conflicto producido por estas mentalidades mencionadas es contra la mente espiritual, que no es otra que la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**). La mente espiritual, es una mente entregada a funcionar en toda formación de la Palabra de Dios y toda impartición del Espíritu Santo. No conformarnos a este siglo y renovar nuestra mente en el entendimiento de la voluntad de Dios, nos permitirá conocer sus planes y basar nuestras decisiones en ellos (**Romanos 12:2**).

Es lógico que procurar pensar con la mente de Cristo implica conflictos internos con nuestros pensamientos arraigados a través de los aprendizajes de la vida, pero si deseamos vivir el Reino, debemos renunciar a todo pensamiento opuesto a la voluntad de Dios, y sin pretender razonar la fe, debemos abrazar Su verdad eterna.

Abandonar las razones, parece una propuesta muy peligrosa, pero no me estoy refiriendo a abandonar la posibilidad de pensar, tal como algunos hacen. Por el contrario, creo que debemos pensar, pero debemos hacerlo con sabiduría espiritual, y creyendo la verdad de Dios, más que a toda mentira que hemos adoptado y obedecido durante

años. Es obvio que nuestra vieja manera de pensar, solo nos estaba conduciendo a la maldición y la muerte. Jesús dijo: ***“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”*** (Juan 14:6).

Por lo cual, pensar con la mente de Cristo es pensar fundamentados en la verdad, y esa verdad, no es la que nos dice un pastor, sino la que claramente expresa la Palabra de Dios. Aclaro esto, porque muchos confían tanto en sus líderes, que al final se dejan llevar por cualquier sendero. La Iglesia no es una secta, donde uno piensa y todos obedecen. Respetar a nuestros pastores y dejarnos guiar, no es dejar de pensar.

Gracias a Dios, en la Iglesia, la mayoría de los pastores, son verdaderos hombres de Dios, confiables y basados en la Palabra de verdad. De todas maneras, tener la mente de Cristo, es una declaración que nos habla de la capacidad del Espíritu Santo, para instruirnos en las verdades espirituales a través de la Palabra viva. Los que han alcanzado madurez, y viven con humildad, son los que, guiados por el Espíritu (**Romanos 8:14**), logran vivir una vida de Reino, tal como nos enseñó con Su ejemplo Jesús.

“Acepten mi enseñanza y aprendan de mí que soy paciente y humilde. Conmigo encontrarán descanso”.

Mateo 11:29

Capítulo ocho

LA VIDA DE REINO

“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas...”

Apocalipsis 3:17 y 18

Permítanme escudriñar un poco, este fragmento de la carta dictada por el Señor a Juan en Patmos, dirigida a los hermanos de la iglesia de Laodicea. En realidad, todas las cartas a las iglesias de Asia Menor, son riquísimas en contenido, pero solo deseo extraer estos dos versículos, porque no quiero extenderme en todas las problemáticas de la Iglesia, sino en las que necesitamos vencer para avanzar hacia una vida de Reino.

La ciudad de Laodicea era una de las ciudades más ricas de la región, y sus ciudadanos ciertamente se creían privilegiados de su condición, pero el Señor en estas expresiones de Su carta, relaciona el estado económico del que gozaban, con los fallos espirituales que padecían. Les hizo notar que creían ser ricos y que no tenían necesidad de nada, pero que en realidad estaba ocurriendo todo lo contrario, ya que para Él, eran desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.

Después de su pecado, Adán se tapó con una hojita de higuera, lo cual tal vez, le pareció una excelente idea. El problema es que Dios no lo veía tal como él se percibía a sí mismo. Esto es lo que les ocurrió a los hermanos de Laodicea y lo que he tratado de exponer en cada capítulo de este libro. La introspección de los conflictos internos, nunca nos permitirá diagnosticar correctamente nuestra condición. Es necesario que el Señor, nos diga cómo nos está viendo, no que nosotros saquemos conclusiones apresuradas.

Yo he visto a personas, vestidas de manera exageradamente ridícula. No me atribuyo la autoridad para juzgarlos, porque cada uno se viste como quiere, pero creo que ustedes saben a qué me refiero. Yo supongo que esas personas, se deben mirar en el espejo antes de salir a la calle y deben concluir que su vestuario es una buena elección. Es decir, se pueden auto percibir que están geniales, aunque todos noten que no es así.

De todas maneras ¿A quién dañan los que combinan colores inadecuados, o se ponen algo que les queda muy mal? A nadie, incluso puede ser simpático que lo hagan. El problema surge cuando es Dios quién no está de acuerdo con nuestras vestiduras. El Señor miró a Adán y le preguntó: ¿Quién te enseñó? Lo cual es trágico, porque si un experto en moda, no está de acuerdo con nuestro vestuario, podemos ignorarlo o pensar que está equivocado, pero que Dios no nos apruebe las vestiduras, es como para arrepentirnos de tal elección.

El engaño más grande que podemos sufrir, en el análisis de nuestra vida es la introspección. Es el Señor quien debe escudriñar nuestro estado y alumbrarnos con Su luz, de manera que podamos ver, cual es nuestra verdadera condición. Los hermanos de Laodicea creían que estaban bárbaros, hasta que Dios los terminó calificando duramente.

Lamentablemente muchas congregaciones y muchos cristianos hoy en día, están padeciendo lo mismo que los hermanos de Laodicea, pero no me refiero a lo financiero, sino a la creencia de que están muy bien ante el Señor. El gran problema de muchos, es creer que están viviendo el Reino cuando en realidad solo se están comportando como simples creyentes, lo cual no es malo, pero tampoco suficiente. Recordemos que los demonios también creen y tiemblan, pero no viven una vida de Reino (**Santiago 2:19**).

La sociedad actual, fundamentada en el consumismo, se siente satisfecha en el tener. Cuando la gente puede poseer aquello que desea, dice sentirse plena. En realidad la plenitud está muy lejos del tener, porque según Dios, la plenitud se alcanza en el ser. Este paradigma social, ha penetrado la mente y el corazón de muchos creyentes, por lo cual, regulan su “búsqueda de Dios” con las necesidades personales que puedan tener.

Yo suelo confrontar esa actitud en mis enseñanzas, al decirles a los hermanos, que uno solo puede buscar lo que ha perdido. Eso no lo digo porque esté en contra de esa expresión de buscar a Dios. No tengo problema con dicha expresión, en realidad solo tengo problema con la consciencia que respalda ciertas actitudes de buscar a Dios conforme a la necesidad, en lugar de vivir en la plenitud de Su persona, tal como Él nos propone.

Es más, el problema no está en buscar a Dios, cuando hay una necesidad, eso hasta puede ser una cuestión lógica. El problema surge en los que creen tener todo, o estar lo suficientemente bien, porque en tales casos, no existe una búsqueda, sino una curiosa apatía espiritual, una absurda falta de compromiso y una actitud de auto suficiencia.

Yo he sido consumido en los últimos años, por el deseo de ver a la Iglesia despertando de su letargo. Yo suelo verla tal como a Jonás en la bodega del barco. Por fuera hay una

terrible tempestad y él dormía, sabiendo que no estaba marchando conforme a la voluntad de Dios. Una cosa es dormir en una tormenta por causa de la paz resultante, de avanzar en dirección correcta como Jesús, y otra muy distinta es no hacer lo que debemos y encima procurar una siesta.

La iglesia de Laodicea se jactaba de sus posesiones materiales. En cambio, la iglesia en Esmirna era de gente pobre, débil y menospreciada por el resto de la sociedad, sin embargo el Señor la halagó, por su actitud para con Él, incluso diciéndoles todo lo contrario que a los hermanos de Laodicea, porque les dijo: ***“Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza, pero tú eres rico...”*** (Apocalipsis 2:9). Los hermanos de Laodicea se veían ricos, y Dios les dijo que eran pobres, los hermanos de Esmirna eran pobres, pero Dios les dijo que eran ricos. Al final, lo que cuenta es lo que Dios dice, no lo que nosotros percibimos de nosotros mismos.

Jesús no estaba cuestionando el tener, como una condición espiritual. Tampoco lo hace hoy en día, yo no pretendo entrar ahí, solo quise citar este ejemplo, porque creo que nuestro gran problema hoy en día, es vernos de una manera, a la vez que Dios nos observa de otra.

El Apóstol Pablo escribió lo siguiente: ***“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles.***

Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1 Corintios 1:26 al 29).

El apóstol Pablo, bajo la inspiración del Espíritu Santo, deja muy en claro que no fuimos alcanzados por Dios, por causa de nuestras virtudes, sino más bien por la falta de ellas. Hoy en día viviendo la fe, no debemos tener más alto concepto de nosotros mismos que el que pueda dictarnos la convicción del Espíritu (**Romanos 12:3**).

Uno de los problemas más grandes de la iglesia de Laodicea, fue el que destacó Jesús al final de sus dichos, remarcándoles la ceguera espiritual que padecían. Cuando alguien padece ceguera, no solo no puede ver los ámbitos físicos y su entorno de vida, sino que además, no logra verse a sí mismo. Hay gente que ha nacido ciega y muere sin ver jamás su propio rostro. Hay gente cristiana, que ve los errores de los personajes bíblicos, o incluso juzga la condición de otras personas, pero ellos no logran ver la verdad sobre sí mismos.

Lo que Jesús les estaba diciendo a los hermanos de Laodicea es, ustedes creen ver, pero se están auto percibiendo equivocadamente. Mientras se ven ricos, plenos y sin

necesidades, yo los veo desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos. Esa tibieza que demostraba la iglesia de Laodicea (**Apocalipsis 3:15**), estaba caracterizada por el orgullo, la ignorancia, la autosuficiencia y la complacencia.

Es un gran problema no poder ver espiritualmente, porque sin visión, no puede haber un justo juicio de nada. Jesús le dijo a los religiosos de Su época: ***“Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece...”*** (**Juan 9:41**). En otras palabras el gran pecado de los religiosos era no asumir humildemente, que en realidad no veían. Estaban ante el Cristo que habían esperado durante cientos de años, y en lugar de recibirlo con honores, solo estaban planificando como matarlo.

Yo no quisiera jamás, encontrarme ante una situación cualquiera gritando que veo claramente. La verdad es que no confío para nada en mí. Solo puedo ver lo que el Señor por su gracia me permite ver, pero nada más que eso. Incluso muchas veces he sido tristemente sorprendido cuando Dios me ha mostrado algunas cosas de mi propio corazón. El mismo apóstol Pablo, habiendo visitado el tercer cielo, y habiendo visto cosas calificadas por él mismo como inefables, expresó:

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; más entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido”.

1 Corintios 13:12

Si Pablo asumió que su visión no era absoluta ¿qué más podemos llegar a decir nosotros? En realidad, este es el gran problema que padecemos, y nos genera conflictos internos. No vemos pero peleamos contra el Espíritu Santo, al no permitir que nos guíe, nos corrija, nos quebrante y nos deshaga internamente, para perfeccionarnos espiritualmente, llevándonos a la medida de la estatura, de la plenitud de Cristo.

Somos como Jacob volviendo a su tierra. Él nunca comprendió que era un bendito de Dios, aun antes de nacer, él siempre peleó con sus fuerzas para conquistar sus deseos, mintió a su hermano, engañó a su padre y trabajó mucho, siendo engañado en varias ocasiones. No comprendía que Dios pretendía darle, mucho más de lo que él pudiera imaginar, por eso terminó rengo, por pelear con el Ángel del Señor en Peniel.

Cuando defendemos nuestro corazón, nuestra alma, nuestra mente, o nuestra carne, lo único que estamos haciendo es peleando contra el Espíritu Santo, que desea llevarnos a una vida de Reino. Si no nos defendiéramos tanto, no sufriríamos tantos conflictos internos. Si nos

entregáramos a la muerte del yo, viviríamos de manera plena en la vida de Él. Ese es el poder de la resurrección.

El Señor no solo les habló de la verdadera condición que padecían los hermanos de Laodicea, sino que les recomendó lo siguiente: *“Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas”* (Apocalipsis 3:18).

Esta expresión: *“Que de mí compres...”* puede resultar un tanto difícil de entender para algunos, ya que el consejo que nos brinda el texto bíblico para la restauración espiritual, parece consistir en comprar. Justamente aquello que parecería que debemos evitar. En realidad Jesús estaba utilizando el mismo concepto que ellos manejaban a diario, para explicarles que si había algo por lo cual debían darlo todo, era por Él, y solo por Él.

En este punto, debemos tener presente, que todo lo que precisamos para el desarrollo de nuestra vida espiritual, lo recibimos de Cristo. Que el devenir de nuestra existencia depende de Él, que el triunfo en nuestra vida cristiana se sirve de lo que recogemos de sus manos. Las obras que hagamos son vanas e infructuosas si Él no las fructifica, que cualquier actividad ministerial que realicemos carece de valor si Su presencia no nos respalda (**Juan 15:5**). Y esta es la clave de

una verdadera vida de Reino: “Una profunda comunión con Cristo”. De hecho, Él mismo les dijo a los religiosos de Su época:

“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida”

Juan 5:40

Lo lamentable de nuestro cristianismo actual, es que hacemos tanto énfasis en el hacer y el tener, que nos olvidamos de Cristo que es la verdadera vida, que nos permite ver y que nos otorga plenitud. El evangelio del Reino se debe vivir en dependencia absoluta. Nada de lo que hagamos contiene vida, si no opera en nosotros la vida misma que es Jesucristo. Esto no nos anula, y esa es su grandeza, que siendo nosotros simplemente criaturas creadas, podamos vivir con el Espíritu del Creador y Dios Todopoderoso en nuestro interior.

Si en verdad nos diéramos cuenta de lo que eso significa, no buscaríamos plenitud en nada que no sea Él. Jesús le dijo a los hermanos de Laodicea que compraran oro refinado en fuego, para que fuesen ricos. En ocasiones estamos tan enfocados en alcanzar lo que el mundo dice que es éxito, que nos olvidamos de las verdaderas riquezas. El apóstol Pablo dijo lo siguiente:

“Yo quiero que sepan que estoy luchando mucho, tanto por ustedes, los de la iglesia en el pueblo de Laodicea, como por los que no me conocen personalmente. Y lucho para animarlos a todos, y para que se mantengan unidos en el amor de Cristo, y así lleguen a tener la plena seguridad de comprender todo el plan que Dios y Cristo habían mantenido en secreto. Todas las riquezas de la sabiduría y del conocimiento se encuentran presentes en Cristo”
Colosenses 2:1 al 3

Laodicea se encontraba cerca de Colosas. Uno se puede situar en un lugar elevado de Laodicea y mirar a través de un extenso valle. Allí, a lo largo de las montañas en las puertas de Frigia, que conducen al oriente, se encuentran las ruinas de Colosas. Era una gran ciudad, pero no tanto como Laodicea. En Laodicea estaba la iglesia que venimos mencionando, y aquí es evidente que Pablo podía ver que existía un grave peligro en Colosas y Laodicea, lo cual le causó un gran conflicto en su corazón.

Este peligro persiste en la actualidad y ante las necesidades de la Iglesia de nuestro tiempo, necesitamos luchar como Pablo lo hacía. Esta insipiente situación que el apóstol menciona, nos permite comprender por qué encontramos a Laodicea en el libro de Apocalipsis, como una Iglesia tibia, porque aquí ya vemos que estaban perdiendo de vista a la persona de Cristo.

Ni los hermanos de Colosas, ni los hermanos de Laodicea, estaban comprendiendo todo el plan que Dios y Pablo les aseguraba, que en Cristo, estaban escondidas todas las riquezas de la sabiduría y del conocimiento. La versión Reina Valera dice: *“que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”*.

Si deseamos una vida de Reino, debemos comprender que la máxima riqueza de este mundo, es comprender la voluntad de Dios. No se puede vivir Reino, sin buscar dirección, sabiduría, autoridad y poder. De manera natural todos somos pobres y nada tenemos que ofrecer, pero en Cristo podemos todo lo que Él determine. La plenitud no está en creer, eso lo hace cualquiera, incluso Santiago dijo que los demonios creen y tiemblan (**Santiago 2:19**), lo que produce plenitud en nosotros es vivir en Él.

El oro puro mencionado por Jesús en Apocalipsis, no representa nuestras acciones para Dios, tal como algunos pretenden, pues el oro es una figura de la Divinidad. Más bien significa las obras de Cristo en nosotros y a través de nosotros, pues así es como Él se manifiesta, presidiendo, dirigiendo, produciendo y ejecutando toda buena obra dispuesta para Su gloria.

La vida de Reino no es todo lo que nosotros hacemos para el Señor, sino todo lo que el Señor puede hacer a través de nosotros. Él no nos demanda nada, que no nos haya otorgado primero. Si lo buscáramos a Él, como el único tesoro de este mundo, encontraríamos la plenitud que nada, ni nadie puede darnos en esta vida.

El oro es Cristo, el tesoro es Cristo, y cuando lo encontramos Su presencia fluye, sus frutos se ven, su esencia se manifiesta como el aroma que gobierna los ambientes llenándolos de vida. Si tan solo pudiéramos comprender eso, no procuraríamos hacer cosas, ni alcanzar cosas, solo nos enfocaríamos en ser llenos de Él y solo procuraríamos sumergirnos en Él. Sin duda la unción debe ser nuestra máxima aspiración en la Iglesia, solo que muchos no logran comprenderlo.

La esencia y las obras del Señor, son de inigualable valor, porque son cual oro refinado, puro y eterno. El apóstol Pedro dijo que era necesario que nuestra fe, sea probada como el oro, al cual se lo pasa por el fuego (**1 Pedro 1:7**). El fuego son las pruebas que nos debilitan, nos quebrantan y nos matan, pero es ahí, en el poder de la resurrección, que Cristo se manifiesta, Él le dijo claramente a Pablo: *“Mi poder se perfecciona en la debilidad...”* (**2 Corintios 12:9**).

La cultura que gobierna la sociedad actual, está basada en el poder humano, en la auto ayuda, en la superación personal, pero el evangelio del Reino hace todo lo contrario,

nos conduce a la muerte, porque es en la muerte que se acaban los conflictos internos, y se manifiesta la verdadera plenitud de la vida de Reino.

En cada capítulo de este libro, he tratado de enumerar los constantes conflictos que produce nuestra vieja naturaleza. Hemos visto que el alma, el corazón, la mente y la carne, nos acechan continuamente procurando sobrevivir en independencia, pero la vida de Reino solo se manifiesta desde la cruz, por lo tanto, no hay vida si primero no hay muerte, porque solo la muerte acaba con los conflictos internos.

Un evangelio predicado de manera motivacional, para fortalecer al individuo, puede ser muy perjudicial, por ir en contramano de la verdad del Reino. Cuando la Biblia nos presenta la cruz, como la opción a la nueva vida, no nos está insinuando subliminalmente una opción. Nos está diciendo que creer que hemos muerto en el suceso del Calvario, hace más de dos mil años, y morir en los procesos diarios de la fe, nos posicionan en la naturaleza eterna y gloriosa de Cristo.

Esto no implica que debemos menospreciarnos, porque el Señor nos compró por precio de sangre (**1 Pedro 1:18 y 19**), y aunque este dicho popular de que valemos mucho más que todo el oro del mundo, no se encuentra en la Biblia, ciertamente es así. Nuestro valor solo puede ser

manifestado en Él, porque fuera de Él se corrompe, tal como le ocurre a una fruta cortada del árbol que le dio la vida.

La justicia divina es imputada al creyente en la justificación, por eso es fundamental la cruz, pero es necesario que esa justicia sea impartida en la santificación, por eso es fundamental el obrar del Espíritu. Sólo por la justicia de Cristo podemos ser salvos, sólo por la justicia de Cristo podemos ser santos y solo por Su justicia podemos vivir el Reino para alcanzar plenitud.

Sólo Cristo nos proporciona diariamente la plenitud de un camino consagrado, donde la manifestación de la vida redimida se evidencie a través de Su carácter. Este vivir se produce en la dependencia absoluta de Su gracia, la cual se manifiesta especialmente cuando mantenemos una profunda comunión espiritual con Él, a través de la meditación de la Palabra y la oración receptiva, es decir, tratando más de recibir impresiones de Su voluntad, que hablando y hablando las nuestras. Luego debemos gestionar la fe, a través de una actitud de obediencia absoluta. Esto es lo que impulsará nuestro crecimiento espiritual para una vida de Reino efectiva.

Definitivamente, todo el proceso de santificación en nuestras vidas, obedece a la gracia otorgada en la justicia de Cristo, y en ninguna manera a nuestras cualidades. El celo que mostremos en rendirnos con humildad, no es otra cosa

que un verdadero interés manifiesto por vivir la vida de Cristo. Negar nuestra voluntad para cumplir con la suya, no solamente evidencia el reconocimiento de nuestra incapacidad, sino que también es la valoración del propósito que tenemos en Él.

Sin embargo, todo esto es así en tanto que tomemos la decisión en libertad, de entregarnos por completo a Dios, acatando Su voluntad por encima de todo, y asumiendo las implicaciones que comprende el perder nuestra propia vida para ganar la vida de Cristo. No hay manera de salir de los conflictos internos y vivir el Reino de Dios, sin haber recibido la revelación de la cruz.

Por último, si alguien no comprende muy bien lo que es vivir el Reino, le recomiendo leer mi libro titulado “El Reino revelado”, aunque ciertamente, todos mis materiales, están vinculados a lograr una vida de Reino, conforme creo que Dios nos demanda en este tiempo.

Solo deseo concluir que vivir Reino, no es practicar una religión, no es participar de algunas reuniones, ni siquiera colaborar en diferentes actividades de una congregación. Vivir Reino, no es conservar una conducta determinada, o adoptar nuevos valores, todo eso es bueno, pero bien se pueden hacer estas cosas sin vivir bajo el gobierno de Dios, y es precisamente eso, lo que significa vivir el Reino, “estar bajo Su gobierno”.

La vida de Reino no se basa en obedecer ciertos patrones de comportamiento preconcebidos, sino vivir en Cristo y vivir a Cristo, tener a Cristo y ser tenidos por Él, hablar con Cristo y saber escucharlo claramente, caminar con Cristo y caminar en Él, representar a Cristo en la tierra y ser representados por Cristo en el cielo, estar por Él, y estar en Él, morir en Él y vivir para Él.

Cristo es la verdad y la vida, no existe otro camino que Él. Se puede respirar, se puede reír, se puede llorar, se puede padecer, o se pueden disfrutar muchas cosas, pero la plenitud de vida solo está en Cristo, y fuera de Él, o lejos de Él ciertamente no hay nada. Si quitamos la vida bajo el gobierno de Su Espíritu, solo quedan los conflictos, por eso, lo mejor que podemos hacer, es la muerte de nuestro yo, para disfrutar la vida en Él.

“En verdad, él no está lejos de ninguno de nosotros, puesto que en él vivimos, nos movemos y existimos...”

Hechos 17:27 y 28 NVI



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

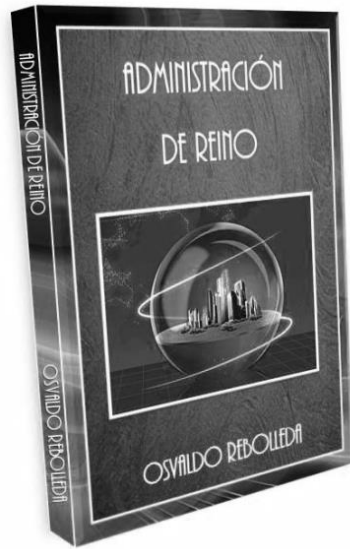


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

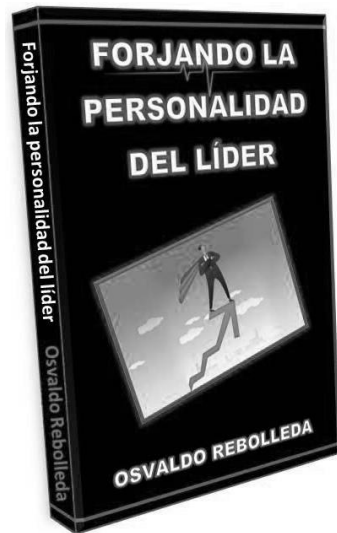
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

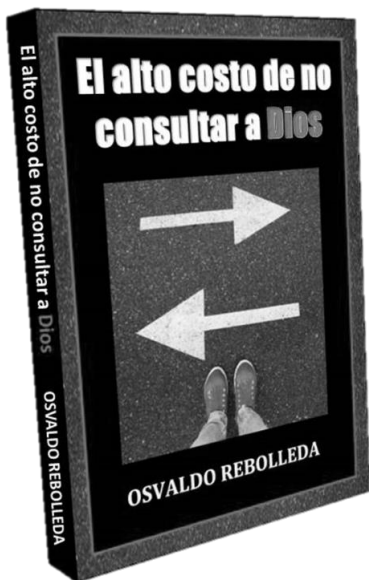


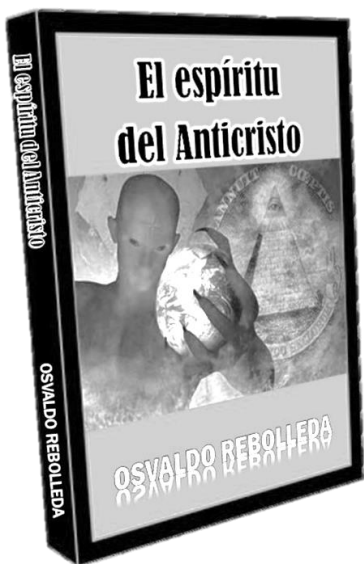
www.osvaldorebolleda.com



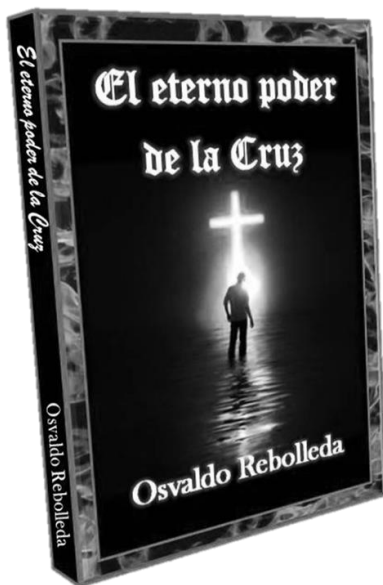
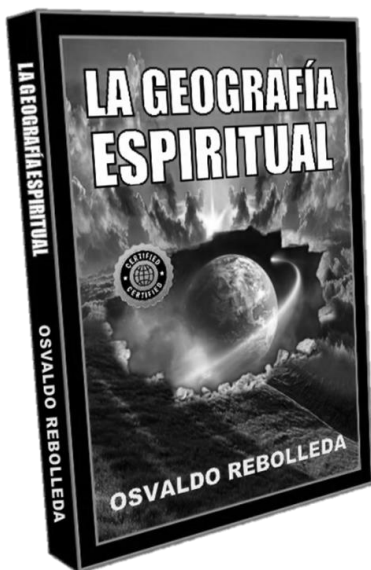


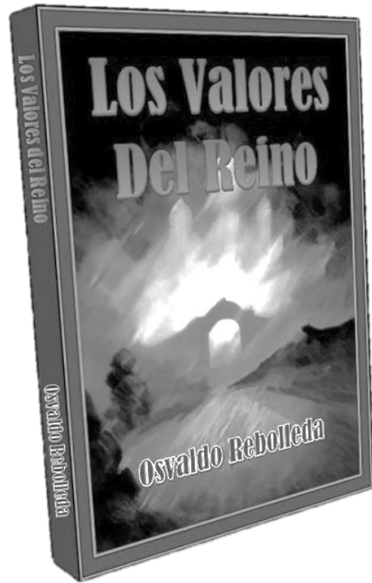
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

